Revoluciones



nobispacem.com

Revoluciones

Autores: P. Javier Olvera Ravasi y Marisol Rodero Elizondo
Diseño Gráfico: Kenich Álvarez.
Ilustraciones: Istockphoto.
Edición: Kenich Álvarez.
Imágenes: Istockphoto / Open Source
Impresión y encuadernación: Nobis Pacem S.A. de C.V. ® Impreso en México.

Introducción

En este libro, y en grados futuros, trataremos varios temas de la historia que fueron influenciados fuertemente por los masones. Comenzaremos el año por ver un breve resúmen de lo que es la masonería con el objetivo de comprender mejor la importancia que tienen ciertas victorias y derrotas sobre el futuro de la humanidad.

Agradecimiento al Padre Olivera que nos permitió utilizar el material de su blog para realizar esta recopilación de estudio de la Historia Mundial.



Enrique VIII

En socorro de una mártir: María Tudor

Por Pedro Fernández Barbadillo

Enrique VIII de Inglaterra rompió con la Iglesia católica, a la que había defendido frente a Lutero, porque quería divorciarse de su esposa para tener un hijo varón. Al final, éste murió casi niño y reinaron las hijas a las que había despreciado. Una de ellas, María Tudor se casó por razones de estado con Felipe II.

Para comprender el comportamiento de Felipe II al elegir esposa hay que tener presente lo que escribe Santiago Nadal (Las cuatro mujeres de Felipe II):

> *"Con más o menos matices, Felipe II no veía el color del pelo la tez. En la tranquilidad o el fuego de unos ojos azul oscuro, verdes, negros o azul claro veía esto: Portugal, Inglaterra, Francia y Austria."*

En el siglo XVI, el mayor enemigo de España y de los Habsburgo fue Francia, que se encontraba en el centro del triángulo que formaban España y sus posesiones de Flandes y de Italia. Entonces,

Inglaterra estaba lejos de ser la potencia industrial, diplomática y marítima en que se transformó en el siglo XVIII. Los reyes franceses armaban flotas contra los convoyes de Indias y, pese a su título de Rey Cristianísimo, no dudaban en aliarse con los luteranos alemanes y los turcos para debilitar a los Habsburgo.

En enero de 1552, Enrique II de Francia, sucesor de Francisco I, el gran enemigo del César Carlos, firmó el Tratado de Chambord con los príncipes alemanes protestantes. A cambio de la ayuda del francés, los alemanes le reconocieron el derecho a apoderarse de las plazas fuertes de Metz, Verdún, Toul y Cambray; es decir, la nobleza alemana permitía que Francia se acercase al Rin y sacrificaba el Imperio por sus supuestas libertades y por apoderarse de los bienes de la Iglesia. En el mismo año, Carlos estuvo a punto de caer prisionero de Mauricio de Sajonia en Innsbruck y, encima, el Concilio de Trento suspendió sus sesiones. El emperador, refugiado en Bruselas, estaba decepcionado y al borde de la muerte.

La nieta de los Reyes Católicos, en Londres



Sin embargo, al año siguiente, el 6 de julio de 1553, España recibió un golpe de suerte, que consistió en el fallecimiento del enfermizo rey de Inglaterra, Eduardo VI, por cuya esperanza Enrique VIII había roto su matrimonio con la princesa Catalina de Aragón, hija de los Reyes Católicos, y establecido una iglesia cismática de Roma.

De acuerdo con el testamento de Enrique Tudor, si Eduardo, que tenía nueve años al ser coronado en 1547, moría sin descendencia, le sucedería su hermana María, hija de Catalina, y a ésta Isabel, hija de Ana Bolena; a ambas, el despótico monarca las había hecho declarar ilegítimas.

Entonces, Carlos I vio el cielo abierto. En una carta a su hijo y fechada el 30 de julio, le planteó la boda con la reina María, que ya había recibido una oferta del rey de Portugal. A la reanimación de la alianza entre España e Inglaterra de tiempos de los Reyes Católicos contra Francia (Inglaterra tenía la plaza de Calais desde 1347), se unía la posibilidad de devolver la fe católica a la isla. Felipe dio su consentimiento y la reina María aceptó la propuesta presentada por el embajador imperial, aunque el parlamento inglés le había pedido que desposase a un compatriota.

Los ingleses reformados y los propietarios de los bienes eclesiásticos veían con preocupación este matrimonio. Pero el mayor obstáculo era la edad de la reina María I: nacida en febrero de 1516, tenía 38 años cuando se casó, y Felipe 27 años.

Las capitulaciones matrimoniales fueron leoninas para los españoles. Felipe sería coronado rey (el resto de los consortes de reinas inglesas de los siglos siguientes no han sido más que príncipes) pero no gobernaría.

Si el matrimonio tenía un heredero, éste recibiría, además de la corona, los Países Bajos españoles. Si el príncipe de Asturias, Carlos de Austria, moría sin sucesión, el príncipe inglés heredaría también el trono español. Los españoles no recibirían cargos en Inglaterra. Felipe se comprometía a no implicar al país en las guerras de España contra Francia. Y, por último, si la reina María carecía de descendencia, Felipe no tendría ningún derecho en Inglaterra.

Todo esto cedió Carlos I con la esperanza de conseguir la libertad de los católicos en Inglaterra y, también, que una nueva rama de los Habsburgo se estableciese en Londres. Según su plan, Francia quedaría cercada por todos lados por príncipes de su casa.

Felipe zarpó de La Coruña el 13 de julio de 1554, después de rezar ante la tumba del Apóstol. La boda se celebró en la catedral de Winchester el 25 de julio, fiesta de Santiago Apóstol, y el español se convirtió en Felipe I de Inglaterra. Para que una reina gobernadora se casase con un hombre de su mismo rango, el César Carlos había cedido la corona de Nápoles a Felipe, que, además de príncipe de Asturias (título sin soberanía), era duque de Milán.

Embarazos fallidos

La situación política en Inglaterra era muy inestable. Enrique VIII y Eduardo VI habían diezmado a los católicos; Londres se había convertido en una ciudadela protestante por el fuego, la palabra y el dinero; los predicadores y los agentes franceses difundían rumores sobre una invasión española; y quienes se habían apoderado de los bienes eclesiásticos temían que se les obligase a devolverlos.

Tanto Felipe como Carlos aconsejaron prudencia a la reina, hasta el punto de que obtuvieron del papa Julio III una bula que reconocía la confiscación de los bienes de la Iglesia y Felipe consiguió el regreso de la hija de Ana Bolena, a la corte. El 30 de noviembre de 1554, en un acto oficial el reino abjuró de su herejía y la reina anunció que estaba embarazada.

El 31 de diciembre, un predicador pidió a Dios la pronta muerte de María I, por lo que el Consejo Privado pidió al Parlamento una ley para castigar a los herejes. Éste, siempre sumiso a los monarcas Tudor, fueran quienes fuesen, se apresuró a aprobar dicha norma. Bajo esa ley empezó una corta persecución a algunos protestantes, ni punto de comparación con la realizada por Enrique VIII ni, después de 1559, por Isabel I.



Después de comprobar la falsedad del embarazo de la reina (la hinchazón de su vientre se atribuyó, entre otras causas, a hidropesía), en verano de 1555, Felipe marchó a Flandes llamado por su padre, que deseaba abdicar en él la corona española. En marzo de 1557, regresó a Inglaterra como rey no sólo del país, sino, también de España. María anunció de nuevo un falso embarazo que concluyó en desilusión. Y en

julio de 1557, de nuevo Felipe cruzó el canal para combatir a los franceses. Ya no regresó.

Ropa negra para Felipe y amarilla para Enrique

El último año de vida de Maria I comenzó con la pérdida de Calais, tomada por los franceses el 8 de enero de 1558. En abril, María Estuardo, reina de Escocia, casó con el delfín de Francia. La reina Catalina de Aragón había derrotado a los escoceses en 1513 en la batalla de Flodden Field, mientras Enrique peleaba en Francia; casi medio siglo después, Francia y Escocia volvían a ceñir Inglaterra. Los partidarios de la reina la abandonaban; los protestantes rezaban por su muerte; y su marido estaba en Bruselas, defendiendo sus tierras y sus pueblos. El 17 de noviembre murió de gripe a los 42 años.

Cuando recibió la noticia, Felipe II se retiró a la abadía de San Grumandola, cerca de Bruselas, y en ella permaneció varios días en meditación y rezo por su esposa. ¿Amó Felipe a María?

Comparemos su actitud con la de Enrique VIII cuando en enero de 1536 le comunicaron que su esposa ante Dios, ya que no ante su iglesia, Catalina de Aragón, había fallecido en el insano castillo de Kimbolton, quizás envenenada, se vistió de amarillo de pies a cabeza para mostrar su alegría.

La primera reacción de Felipe fue proponer matrimonio a la nueva reina, Isabel, la que será años más tarde uno de sus más encarnizados enemigos. En el proyecto de las nuevas capitulaciones, se excluía la cesión de los Países Bajos españoles, muestra de que Felipe ya era soberano y modificaba las directrices de la política de su padre, más afín a la dinastía, por otras de carácter español.

De sus años en Inglaterra, Felipe II aprendió una lección que luego trató de aplicar en sus reinos: la llamada tolerancia religiosa y el libre examen provocaban el caos y la discordia. La misma conclusión sacó Isabel I, que por la Ley de Uniformidad de 1559, obligó a todos los súbditos mayores de 16 años a asistir a los oficios anglicanos y, más tarde, consideró traidores a quienes asistieran a misa castigándolos con confiscación de bienes, tortura y ejecución.[1]

1 15/08/12 www.libertaddigital.com/opinion/pedro-fernandez-barbadillo/en-socorro-de-una-



Isabel de Valois, la joya de Francia

Por Pedro Fernández Barbadillo

Después de numerosas derrotas militares y ante el crecimiento de las fuerzas protestantes (hugonotes), que rodeaban el trono dispuestas a destruirlo, la enemiga de los Habsburgo y de España, la Francia de los Valois, estaba dispuesta a hacer la paz. Enrique II ofreció a Felipe II su hermosa hija Isabel.

En la época de las grandes monarquías, los reyes y las reinas jugaban a las cartas con los príncipes y las princesas para hacer parejas, trenzar amistades y hasta ganar oro. En cuanto un principito empezaba a gatear, sus padres ya le buscaban compromiso. Así, la princesa niña Isabel de Valois, nacida en 1546, hermosa y culta, fue ofrecida por sus padres, Enrique II y Catalina de Médici, al rey Eduardo VI de Inglaterra, al príncipe Carlos de España y, por último, a Felipe II. Su padrino de bautismo había sido el inglés Enrique VIII, que le impuso ese nombre de pila en honor a su segunda hija.

La muerte de María I cerró la puerta a una restauración católica en Inglaterra, así como a la alianza con España. Felipe II meditó que

---

martir-maria-tudor-65238/

quizá fuese mejor hacer la paz con el enemigo contra el que combatían los españoles desde 1494 que apoyarse en un aliado inseguro. Su cuñada Isabel, a la que él había favorecido en Londres hasta el punto de salvarle la cabeza, rechazó su propuesta de matrimonio y se declaró protestante.

La nueva liga organizada por el sucesor de Francisco I, su hijo Enrique II, con el papa Pablo IV y los turcos, había sido deshecha en la batalla de San Quintín (10 de agosto de 1557) por los tercios mandados por Manuel Filiberto de Saboya. Al año siguiente, una nueva victoria, la de Gravelinas (13 de julio de 1558), persuadió al rey francés para pedir la paz. Los embajadores y los correos viajaron entre Londres, París y Bruselas, residencia entonces del monarca español, que deseaba volver a la Península Ibérica, y se firmó en abril de 1559 la Paz de Cateau-Cambresis. Este tratado es el más importante del siglo XVI, ya que supuso el reconocimiento de la hegemonía española en Europa y la paz entre España y Francia hasta 1635.

Como prenda del acuerdo, Enrique II entregó su hija y a su hermana a sus vencedores: Felipe casó con Isabel, nacida en abril de 1546, y Manuel Filiberto, duque de Saboya, con Margarita, duquesa de Berry. La boda entre el monarca español y la princesa Valois se celebró por poderes en París en junio. En los festejos de la siguiente, Enrique participó en un torneo en el que una lanza se le clavó en un ojo y le mató. Le sucedió su hijo Francisco II.

Isabel y su séquito emprendieron viaje hacia España por tierra, mientras que los equipajes de la reina y sus damas eran tan voluminosos que se mandaron por mar. En enero de 1560, las dos comitivas se encontraron bajo la nieve en Roncesvalles. La reina prosiguió viaje por Pamplona y Sigüenza hasta el palacio del duque del Infantado en Guadalajara, donde se encontró con Felipe. En todos los lugares era aclamada no sólo por su belleza y juventud, sino porque era Isabel de la Paz.

Un primogénito tarado

Con ella la leyenda negra ha amasado sus mayores infamias contra Felipe II. Se le atribuyó cierto alejamiento respecto a su marido debido a la edad de éste, cuando el rey tenía 32 años y estaba en el

verano de su vida. En Toledo recibieron a la francesa Juan de Austria, Alejandro de Farnesio y el contrahecho y enfermo príncipe Carlos, que en marzo de ese año fue jurado como príncipe de Asturias por las Cortes de Castilla. De esos meses se conserva una carta que Isabel escribió a su madre: "Os diré que soy la mujer más feliz del mundo".



A Catalina le costó diez años concebir a su primer hijo después de la boda. Isabel fue más precoz. El 1 de agosto de 1566, en el palacio de Valsaín (Segovia), dio a luz a su primer hijo. Como un marido del siglo XXI, Felipe asistió al parto y sostuvo la mano de su esposa. El bebé fue una niña, que recibió los nombres de Isabel Clara Eugenia. Con el tiempo esta niña fue el hijo más amado por Felipe II; a los cuatro años se decía que tenía la inteligencia de una muchacha de quince; y traducía para su padre documentos del italiano y hasta cifrados. El 10 de octubre de 1567 nació su segunda hija, Catalina Micaela. Algunos historiadores sostienen que de haber nacido un varón el rey habría depuesto al príncipe Carlos, que ya daba muestras de una locura irrefrenable, que le condujo a tener tratos con los rebeldes flamencos.

En enero de 1568 Felipe II encabezó el piquete de soldados que detuvo a su primogénito. Éste trató de matarse negándose a comer. Falleció a los 23 años de edad, en julio de 1568, y los traidores Guillermo de Orange (en quien

Carlos V apoyaba su brazo en la abdicación de Bruselas) y el barón de Montigny acusaron a Felipe de haberle asesinado. En Madrid, nadie entre el pueblo sintió la desaparición de un personaje tarado.

Mientras tanto, en el verano de ese año la reina cayó enferma con fiebres, causadas por los nervios y los trastornos de la alimentación. Los médicos españoles no fueron capaces de descubrir que estaba embarazada y le aplicaron sus remedios de matarife: sangrías, purgaciones, ventosas, enemas, torniquetes... El 3 de octubre, el cuerpo agotado de Isabel dio a luz a una niña de cerca de seis meses que murió inmediatamente; su madre lo hizo horas después.

Felipe la acompañó en el trance supremo. Su amada Isabel, Isabel de la Paz, le pidió que mantuviera la paz entre España y Francia, y añadió que lamentaba dejarle sin haberle dado un hijo varón.

Cuando el cortejo fúnebre pasaba por las calles, la gente lloraba de pena. El rey se retiró dos semanas al Monasterio de los Jerónimos, sin querer recibir a nadie ni ver documento alguno; luego marchó a El Escorial; y guardó luto un año entero.

El *annus horribilis* para Felipe II

1568 fue el annus horribilis para la Monarquía española: muerte del enfermo príncipe de Asturias, sublevación de los moriscos de Granada, comienzo de la rebelión en Flandes (la Guerra de los Ochenta Años) y muerte de Isabel. En su biografía de Felipe II, el británico Geoffrey Parker reproduce unos párrafos de una carta que el rey escribió, a principios de 1569, a su entonces principal consejero, el cardenal Diego de Espinosa, en que le describía su desánimo y sus deseos de abdicar, como había hecho su padre en enero de 1556.

La reina Isabel murió el 3 de octubre de 1568. Ese mismo día el nuncio del papa, Pío V, impulsor de la Liga Santa que derrotó a la flota turca en Lepanto, escribió una carta a su señor describiendo la desolación en la corte, pero en una posdata cifrada añadía que todos daban por seguro que Felipe II, padre de dos niñas pequeñas, volvería a casarse, incluso daba el nombre de las candidatas: la princesa Margarita de Valois, hermana pequeña de Isabel, y la archiduquesa Ana de Austria, sobrina del rey.

En esos siglos, los monarcas debían ocuparse antes de sus deberes que de sus sentimientos. Y mientras se amortajaba a la reina muerta, el rey pensaba en su cuarta boda.



Genghis Khan

Se hará la estepa un vergel, y el vergel será considerado como selva. Reposará en la estepa la equidad, y la justicia morará en el vergel; el producto de la justicia será la paz; el fruto de la equidad, una seguridad perpetua" (Is 32, 15-17).

Los mongoles, el terror de la estepa

Por J. L. Orella

Breve sintesis histórica de una pueblo que una vez fue imperio y ahora es una pequeña nación.

Desde las invasiones bárbaras de Atila en el siglo V, Europa había olvidado que desde las estepas de Asia podía venir un peligro que pusiese el entredicho la civilización occidental. El siglo XIII fue la época de Genghis Khan, hijo de un jefe de una pequeña confedera-

ción de tribus nómadas de la estepa siberiana, cuando éste murió fue relegado por un impostor y tuvo que luchar por recuperar el puesto que le hubiese correspondido por la muerte de su padre. Genghis khan reunió las tribus, les dio el nombre de mongoles y unas normas de conducta y obediencia claras y sencillas. Unicamente el Khan estaba con un poder superior sobre los demás, todos los mongoles eran iguales, ningún mongol podía tener a otro como exclavo ni luchar entre ellos, el adulterio y el robo de gentes estaban castigados con la muerte y se permitía comer las entrañas de los animales, hasta entonces prohibida.



Genghis Kan, nombre por el que es conocido **Timuyin** (c. 1167-1227), conquistador mongol, sus ejércitos nómadas crearon un vasto Imperio bajo su poder que se extendía desde China hasta Rusia. Nació cerca del lago Baikal (en la actual Rusia), hijo de Yesugei, jefe y dirigente mongol de una extensa región entre el río Amur y la Gran Muralla china.

A la edad de trece años, Timuyin sucedió a su padre como jefe tribal. Su temprano reinado se vio marcado por las sucesivas revueltas de sus tribus y por una intensa lucha por mantener su liderazgo, pero el dirigente mongol mostró muy pronto su capacidad militar y no sólo conquistó a sus indisciplinados súbditos sino también a sus hostiles vecinos, asesinando despiadadamente a todos los que se le oponían.

En 1206 Timuyin ya era el dueño de casi toda Mongolia. Ese mismo año, la asamblea de las tribus dominadas le proclamaron Gengis Kan (chêng-sze, en chino 'guerrero valeroso' en turco khan, 'señor';

otros significados que se le atribuyen son el gran kan o el kan de gran brillo), líder de las tribus mongoles y tártaras unidas, y la ciudad de Karakorum (Karakoram) fue designada como su capital.

Fue entonces cuando el kan inició la conquista de China, con el pretexto de buscar un lugar de pasto para sus caballos en los fértiles campos chinos. En 1208 ya había establecido un punto de apoyo dentro de la Gran Muralla, y en 1213 dirigió a sus ejércitos hacia el Sur y el Oeste y se adentró en el territorio dominado por la dinastía Jin (1122-1234), sin detenerse hasta alcanzar la península de Shandong. En 1215 sus ejércitos tomaron la ciudad de Yenking o Zhongdu (actual Pekín), la última fortaleza china al norte del país, y en 1218 la península coreana cayó en manos de los mongoles.

En 1219, en venganza por el asesinato de algunos comerciantes mongoles, Genghis Kan envió a sus ejércitos hacia el oeste, invadiendo Jwarizm, un extenso Imperio turco formado por los actuales países de Irak, Irán y parte del Turkestán occidental. Los mongoles arrasaron Turkestán y saquearon las ciudades de Bujara y Samarkand, adquiriendo con sus asesinatos fama de espantosa ferocidad.

En lo que hoy en día es el norte de la India y Pakistán, los invasores conquistaron las ciudades de Peshawar y de Lahore así como sus territorios próximos. Al parecer, en aquellos años consejeros musulmanes habían enseñado a Gengis a apreciar el valor de las ciudades como fuentes de riqueza. En 1222 los mongoles entraron en lo que es en la actualidad Rusia y saquearon la región que se extendía entre los ríos Volga y Dniéper y desde el golfo Pérsico hasta casi el océano Ártico.

La grandeza del kan como líder militar no sólo se debió a sus conquistas sino también a la excelente organización, disciplina y maniobrabilidad de sus ejércitos. Además, el dirigente mongol fue un admirable hombre de Estado; su Imperio estaba tan bien organizado que, según se decía, los viajeros podían ir desde un extremo a otro de sus dominios sin ningún tipo de temor o peligro. Sin embargo, mostró un salvajismo sin límites hacia sus rivales y enemigos, y utilizó el asesinato como arma habitual en sus conquistas. A su muerte, ocurrida el 18 de agosto de 1227, el Imperio mongol quedó dividido entre sus tres hijos. Cuatro de sus nietos (especialmente Batu Kan y Kublai Kan) se convirtieron en grandes líderes mongoles por propio

derecho. Las invasiones de Gengis Kan siguieron gozando de una gran importancia histórica mucho después de su muerte.

En cuestión religiosa, Genghis Khan abolió muchas de las supersticiones chamánicas en las que creían como pueblos nómadas e impuso el monoteismo por influencia de refugiados nestorianos (herejes cristianos) que se habían refugiado en el desierto central de Asia. Desde su monoteismo, Genghis Khan en su capital de Karakorum, situada a mitad de camino entre Pekin y el lago Baikal, en el centro de Asia, era tolerante con todos los enviados católicos y musulmanes que recibía. Defensor de un solo Dios, también defendía la existencia de un sólo Khan para todos los hombres. Su poder era incontestado y todo el que se opusiese a él era masacrado. No se cobraban impuestos porque las conquistas daban lo necesario al imperio, los hombres estaban consagrados para la lucha y la caza y las mujeres se encargaban de la vida de la casa y llevar la economia.



Karakorum

Su imperio se desarrolló por todas las estepas llegando a China y Persia, la crueldad mongola fue proverbial y los chinos y los musul-

manes supieron de sus destruciones. Sin embargo, otros se unieron a los invasores y los descendientes de Genghis Khan pusieron contar con técnicos chinos y musulmanes que sabían de la técnicas modernas de guerra para sitiar las ciudades amuralladas. Los mongoles convinando los rápidos movimientos de sus tropas de caballeria y las técnicas chinas y árabes llegaron a Europa destruyendo Kiev, pasando el Danubio derrotando al rey de Hungría y llegando a Ragusa, la actual Dubronik, en las orillas del Adriático. No obstante, la muerte del hijo de Genghis Khan, obligó a retroceder a los tartaros, nombre con que se conoció en Europa a los mongoles, por que el Khan era elegido en asamblea por todos los jefes reunidos en Karakorum.

Ropas tradicionales de los guerreros mogoles del Genghis Khan



Bajo el mando de Mangú, nieto de Gengis Khan, sus hermanos Hulagú y Kublay extendieron al máximo las fronteras del imperio. El primero destruyó Bagdad y estuvieron a punto de llegar a Jerusalén. Los cruzados creyeron que si los mongoles se convertían serían la única fuerza posible que aniquilase al Islam, pero si se hacían musulmanes sería al contrario. Entretanto, Kublay conquistó China y parte de Corea, recibió a Marco Polo, como su abuelo había recibido a los técnicos chinos, pero fracasó en su intento de conquistar Japón.

Después las rencillas familiares fueron fracturando el gran imperio. Los mongoles establecidos en Persia y la India se convirtieron al Islam, como parte de los de Asia central. En la actual Crimea viven tartaros descendientes de aquellos hombres de la Horda de Oro, como fue denominada a los mongoles occidentales. En cuanto a los mongoles de China y Tibet

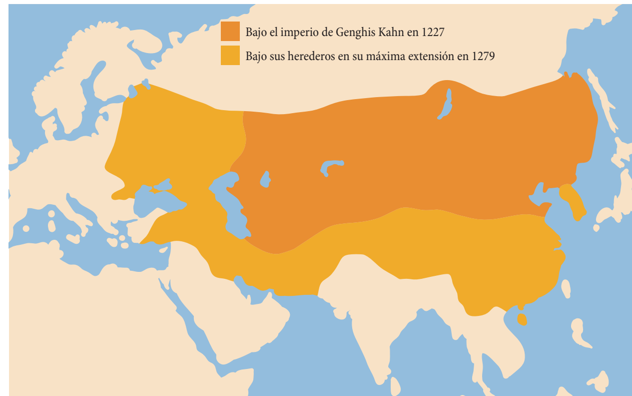
se hicieron budistas. Su poder declinó y en el siglo XIV una revuelta dirigida por un monje budista estableció la dinastia china de los Ming. En el resto los poderes de Inglaterra en la India y Rusia en Asia aniquilaría a los supervivientes de aquellos agresivos guerreros de las estepas.



La eficacia de los ejércitos mongoles de Genghis Khan se basaban principalmente en la utilización de la caballería ligera armada con el arco carcaterístico mongol. Los guerreros mongoles lo utilizaban montados en el caballo a toda velocidad. Es algo natural ya que se trataba de grandes llanuras donde la caballería tenía una gran superioridad en un terreno muy favorable.

> *"El ejército se componía casi exclusivamente de caballería, aunque más tarde también dispondría de un cuerpo de ingenieros para realizar los asedios. El arco era el arma más efectiva y temida de los mongoles. Se trataba de un arco pequeño, fácil de usar mientras se marchaba velozmente a caballo, y muy tensado. Las flechas (que al ser fuertemente impulsadas podían atravesar armaduras) poseían en su parte posterior un dispositivo que con el aire emitía un silbido por el cual, prácticamente sin ver, el arquero mongol sabía la dirección hacia la que apuntaba. Los soldados mongoles solían vestir de forma adecuada para soportar bajas temperaturas, y solían ir equipados con todo aquello que les permitiese realizar grandes viajes, todo ello sin hacer de sus caballos animales de carga cuando en realidad estaban destinados a la guerra. Se tiene constancia de que los avíos de la tropa eran rigurosamente inspeccionados y se castigaba a aquellos que mantenían su equipo en malas condiciones".*

En la actualidad la república actual de Mongolia es la única que se atribuye la herencia de los genghiskanidas. Un trozo de estepa que bajo la influencia rusa escapó de la anexión china, que a su vez



dominó la llamada Mongolia interior, y que fue campo de batalla cuando un jefe cosaco procedente del Báltico, Ungard Stemberg levantó a los mongoles contra los bolcheviques que habían detenido a un importante lama. No obstante, el poder comunista se estableció y Mongolia fue proclamada como república comunista, bajo la alianza de la URSS. En 1989, con la caída del comunismo, Mongolia se vio liberada y recuperó su identidad pudiendo reivindicar la herencia de los nómadas. Mongolia intenta entrar en el mercado internacional promocionando y recuperando su identidad con su riqueza minera y ganadera. Un país pequeño, poco poblado, pero orgulloso de quien en el siglo XIII se sintió emperador del mundo.

Revolución de EEUU

El proceso de conquista comenzó en 1607 con el establecimiento del primer asentamiento, Virginia (en donde se lleva a cabo la famosa historia de Pocahontas).

La segunda fundación fue recién en 1620. El proceso de conquista se desarrolló con lentitud precisamente porque Inglaterra era en ese entonces una nación escasamente desarrollada, aislada del continente europeo y convulsionada por varias rebeliones internas. Por lo mismo, en general migraron hacia el Nuevo Mundo los elementos relegados del Reino Unido: por su condición religiosa (protestantes puritanos que creían que la Iglesia Protestante en Inglaterra era "demasiado católica") o por su condición económica (convictos e indigentes). En un siglo y medio de dominación británica se establecieron sólo 13 colonias, todas sobre la costa este.

En cuanto a los nativos, la política británica fue la de expulsarlos fuera de sus posesiones. La religión protestante no admitía la posibi-

lidad de convertirlos a su fe (recordemos que Lutero era muy racista) por lo que carecía de sentido establecer relaciones con ellos. Podemos observar aquí la notable diferencia con la conquista española donde no solo respetaron a quienes se veían diferente, si no que los amaron, acercaron a la fe, y formaron familias con ellos.

Si quedaron en América nativos vivos, fueron solamente para realizar algunas transacciones comerciales. El Parlamento inglés, por ejemplo, pagaba a los colonizadores por cada cuero cabelludo indígena.



Por la misma razón, la población de las colonias era estrictamente europea y no hubo mestizaje ni fusión de culturas. Su dominio se prolongó la mitad de tiempo que el dominio español en América.

En 1776 las 13 colonias británicas de América del Norte contabilizaban un total de 2.315.991 km2, menos de la extensión territorial actual de la México. Su población era de 2.400.000 millones de habitantes[2].



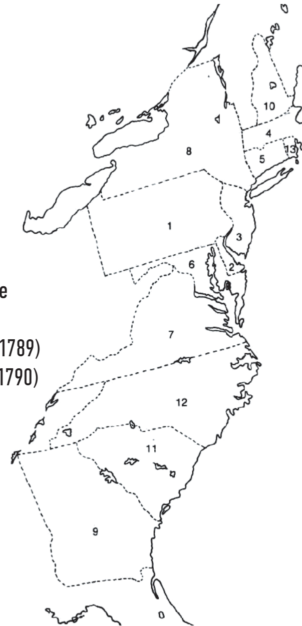
2 http://www.quenotelacuenten.org/2016/09/11/inferioridad-hispanica-analisis-comparado-de-una-paradoja-historica/#_ftn3

La Corona Británica había organizado sus colonias imitando en parte el sistema político español. No en vano, repetimos, España era entonces la primera potencia mundial. Por esta razón, cada colonia inglesa estaba organizada de forma autónoma respecto de las otras. Sin embargo, los colonos no tenían ninguna representación en Inglaterra y dependían no sólo de la persona del monarca sino también del país conquistador, con lo cual tenían claramente un status de colonia[3].

Las 13 Colonias.

Las colonias británicas de América del Norte tenían una economía básica de subsistencia. Prácticamente el único rubro abarcado era la agricultura. La razón de esto es que la Corona Británica ya desde los inicios de la colonización había aplicado el sistema mercantilista según el cual las colonias aportaban la materia prima y la potencia colonizadora los productos industrializados. Por esto es que los ingleses dificultaron e impidieron cualquier intento de industrialización en sus colonias americanas[4].

1. Pennsylvania
2. Delaware
3. New Jersey
4. Massachusetts
5. Connecticut
6. Maryland
7. Virginia
8. New York
9. Georgia
10. New Hampshire
11. South Carolina
12. Nort Carolina (1789)
13. Rhode Island (1790)



El término Revolución Americana es una traducción de la expresión original en inglés American Revolution que es el nombre historiográfico del proceso político-militar que se inició en 1765,

3 http://www.quenotelacuenten.org/2016/09/11/inferioridad-hispanica-analisis-comparado-de-una-paradoja-historica/

4 Ídem

y culminó en 1783 con la independencia de los Estados Unidos[5]. "Estados Unidos de América" no existió hasta la Declaración de Independencia el 4 de julio de 1776, un año después que comenzó la guerra y once años después que iniciaron los conflictos políticos.

Antecedentes:

La Guerra de los Siete Años fue un conflicto a escala global que ocurrió entre 1756 y 1763 que enfrentó una coalición de Gran Bretaña y sus aliados, contra una coalición de Francia y sus aliados.

Particularmente la Francia de Luis XVI, ansiosa de vengar sus derrotas, empeñó tropas, dinero y hasta su propia Real Armada para combatir a Gran Bretaña. Se estima en 1,3 billones de libras la suma con que los franceses auxiliaron a las colonias rebeldes.

En Norteamérica fue una guerra por la supremacía colonial, En ese año, Francia había colonoziado Quebec y Montreal in Canada; Detroit, Green Bay, St. Louis, Cape Girardeau, Mobile, Biloxi, Baton Rouge y Nueva Orleans en Estados Unidos; Mientras que en Europa, Austria (aliado de los británicos) reclamaba los ricos territorios de Silesia que había perdido en la Guerra de Sucesión Austriaca. La Guerra de los Siete Años culminó con la firma del Tratado de París de 1763, en el que Gran Bretaña fue victoriosa en desocupar a los franceses de Norteamérica y en adquirir vastos territorios bajo control de Francia antes de la guerra.



5 http://www.lhistoria.com/estados-unidos/revolucion-americana



La Guerra de los Siete Años brindó a los británicos una serie de problemas financieros y geopolíticos.

1. Ahora tenían que gobernar, financiar y proteger nuevos y extensos territorios. (además de sus 13 colonias, ahora tenían los territorios que ganaron de los franceses en Canadá y Mississippi, y Florida que obtuvieron de España que estaba aliada a Francia en la guerra.
2. Además de tener que pagar todo eso, tenían una deuda de £122,603,336 que incrementaba cada mes por los intereses.



Entonces se les ocurrió una manera de financiar esas deudas. Implementarían leyes e impuestos excesivos establecidos por el parlamento británico para sacar ese dinero de los colonos.

1. La Ley del Sello, Ley del Timbre o Stamp Act, en inglés, de 1765(Duties in American Colonies Act1765; 5 George III, c 12)

Primero pusieron un impuesto directo y específico para las trece colonias de la América británica que requería que la mayoría de los materiales impresos en las colonias se publicarán en papel sellado y producido en Londres, timbrados con un sello fiscal en relieve. Estos materiales impresos eran documentos legales, revistas, periódicos y muchos otros tipos de papel utilizados en todas las colonias. Al igual que los impuestos anteriores, el impuesto a los sellos tenían que ser pagados en moneda británica válida, no en papel moneda colonial. Esto tenía la doble intención de financiar su crisis, y controlar la libertad de expresión. Cabe aclarar, que los colonos no tenían representación en el parlamento, y no podían refutar ni dialogar sobre esta medida.

En 1765, John Adams, un abogado, publicó «Disertación sobre el derecho canónico y feudal» que inspiró a muchos a revelarse contra los injustos impuestos. El, junto con su primo Samuel Adams, y amigo James Otis, fundaon un grupo que se llamaba "hijos de la libertad" y pelearon este impuesto hasta conseguir que el parlamento lo abrogara en Marzo de 1766. Jhon Adams pasó a ser el Segundo presidente de Estados Unidos.

Comenzó la frase: "No Taxation without Representation", «No hay tributación sin representación» refiriéndose a tener participación en las decisiones políticas en el Parlamento de Inglaterra.

Después siguió el Impuesto al Te, "*Tea Act*" en 1773.

En la cultura inglesa, tomar el té es integral y primordial. Es considerado un artículo de primera necesidad o canasta básica. Con esto en mente, el gobierno inglés decidió entonces conseguir el dinero que necesitaba poniendo carísimos impuestos al te. Cuando llegaron los barcos cargados de te, pidieron que los regresaran a Inglaterra, puesto que no pagarían esos altísimos impuestos. Les fue negado el regreso, y la noche del 16 de Diciembre de 1773, americanos vestidos de nativos tiraron al mar 342 cajas de te. ¡Hoy en día eso aproximaría 1 millón de dólares de costo!

Mayo-Junio 1774 – La respuesta del parlamento inglés al vandalismo del te, fue sacar 4 leyes conocidas como "Intolerable Acts", o "Leyes Intolerables". Estas leyes quitaron a Massachusetts el poder de gobernarse a si misma. Los americanos, a su vez, boivotearon a

Inglaterra dejando de comprar bienes provenientes de ahí.

Septiembre 1774 – Se creó en Estados Unidos el Congreso Continental en oposición a las Leyes de Intolerancia de Inglaterra.

La Masacre de Boston: Comenzó por unos ciudadanos colonistas que acosaron a soldados británicos. Los soldados en respuesta mataron a 7 personas e hirieron otras cuatro.

George Washington, un ex oficial militar que había hecho su fortuna en Virginia, fue nombrado jefe de la armada Continental.

Los miembros de dicho congreso Continental, escribieron al Rey Jorge sus quejas y su declaración de Independencia de Inglaterra.

El 4 de Julio de 1776, el congreso Continental adoptó la declaración de independencia, en la que las colonias firmaron su independencia de Inglaterra.

Betsey Ross haciendo la primera bandera de Estados Unidos.

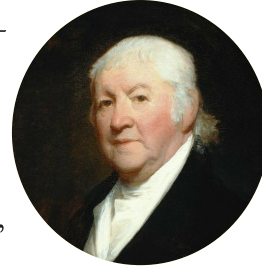
Batallas

- En octubre 17 de 1777 la Batalla de Saratoga culminó una enorme victoria para los americanos después de la rendición del General John Burgoyne.
- El gobierno oficial de EEUU se definió en los artículos de la Confederación en marzo 2 de 1781.
- La última batalla sucedió en Yorktown, donde el general Cornwallis se rindió, marcando así el final no oficial de la guerra.
- La guerra terminó en 1783, naciendo así el país de Estados Unidos de América. El 9 de abril, Rey Jorge ratificó dicho tratado.

Personas Notables en la Revolución Americana:



- Benjamín Franklin: inventor, escritor, y diplomátic. Uno de los 5 en firmar la declaración de Independencia.
- Tomás Jefferson: El tercer presidente de Estados Unidos. Fue el principal redactor de la Declaración de Independencia.



- Paul Revere: Es famoso por su poema "midnight ride". Avisó a los americanos de la venida de las fuerzas armadas inglesas antes de las batallas de Lexington y Concord.

Charles Carroll y Jean Baptiste Richardville, Católicos en la Independencia:

Charles Carroll fue otro de los que firmaron la declaración de Independencia. Pero influyó mucho más que eso. En aquella época, la mayoría del movimiento eran puritanos anticatólicos. Como tal, tenían políticas extremistas de cero tolerancia religiosa y de pensamiento. Como católico practicante, Charles Carroll propició la libertad religiosa que existe hoy en día en Estados Unidos.



La Revolución Francesa, parte 1

Tomado del blog "***Que no te la cuenten***" con el permiso del Padre Javier Olivera Ravasi.

Madame Elisabeth, mártir de la Revolución Francesa.

Elisabeth Filipa Maria Elena nació el 3 de mayo de 1764 en Versalles, día de la Santa Cruz. Fue la octava y última hija del Delfín Louis-Fernando y su segunda esposa, Marie-Josefa de Sajonia.

Ve los capítulos 9, 11, 13, 15, 16 y 17 en los videos que el P. Tomás Beroch hizo para Nobis Pacem.

Luis Fernando de Borbón, Delfín de Francia (en francésLouis, Dauphin de France; Palacio de Versalles, 4 de septiembre de 1729 - Fontainebleau, 20 de diciembre de 1765), fue un príncipe francés, el mayor de los hijos de Luis XV de Francia y de Navarra, y de su esposa María Leszczynska. Su primera esposa fue Maria Teresa de España pero Murió al dar a luz.

Madame Elisabeth fue bautizada el mismo día de su nacimiento por el obispo de la Roche-Aymon, arzobispo de Reims, Gran Capellán de Francia. Desde muy pequeña, la vida la marcó con la pérdida de sus padres. Con sólo veinte meses de edad, muere su padre el Delfín Louis-Fernando con tan sólo treinta y seis años, el 20 de diciembre de 1765. Quince meses después, a los tres años de la princesa Elisabeth, muere también su madre el 13 de marzo de 1767. En memoria de sus padres, la voluntad maternal le deja una reliquia de la Verdadera Cruz en un relicario de cristal y una Virgen de marfil. Luego de la muerte de sus padres, las princesas Clotilde y Elisabeth se acercaron instintivamente a la persona más cercana a ellas en su vida cotidiana, su institutriz, la condesa de Marsan.

Durante su infancia como toda niña, juega y comparte sus días con su hermana Clotilde, con la institutriz, Madame de Marsan, y especialmente con Madame de Mackau, su dama de compañía.

La pequeña princesa es muy querida por su abuelo, el Rey Luis XV, y por su hermano, Carlos Felipe, conde de Artois, con quien mantendrá un diálogo confiado durante toda su vida.

Ella recibe una educación cortesana, nutrida de un fiel compromiso católico. Siete horas de estudio están dedicadas a las materias principales, religión, historia, geografía, idiomas antiguos (griego y latín), idiomas modernos (francés, inglés, español, alemán e italiano), matemáticas (estudiaron aritmética, un poco de álgebra y geometría) y las ciencias exactas. Sus maestros son exigentes y les piden obediencia, rigor y claridad. Danza, música, canto, equitación, manejo de espadas para niños, bordados y tapices para niñas, completan esta educación. El tiempo dedicado al entretenimiento también es importante.

En mayo de 1770, acompaña a su hermano Luis Augusto, a recibir y dar la bienvenida a la joven archiduquesa María Antonieta de Austria. La futura Reina de Francia, y la princesa Elisabeth sienten

simpatía mutua, y comparten sus días en el Palacio de Versalles. Al respecto de esta relación citan sus biógrafos: "La futura Reina le escribe a su madre sobre Elisabeth: Es una niña encantadora, con ingenio, carácter y mucha gracia". Marie-Antonieta siempre se refirió a la hermana menor de Luis XVI como "mi hermana Elisabeth" y se dedicó verdaderamente a ocuparse de la princesa huérfana. Madame Elisabeth, por su gran amor filial, se ocupará posteriormente a acompañar la educación de sus sobrinos, hijos de Luis XVI y María Antonieta.

El 11 de agosto de 1775, Madame Elisabeth recibe la Confirmación por el Abad de Mogtaigne. Ella crece en la fe, crece en su amor a Dios y en su amor por Francia. Se dedica con fervor cada vez más a la oración y a la práctica de la contemplación. Se pensó incluso, como es natural en una princesa, en casarla, como ocurrió con su hermana Clotilde, pero ese sentimiento, no anidaba en su corazón. Su corazón estaba entre-



gado totalmente a Dios y a Francia, sus dos grandes amores, por lo que no deseaba ser "Reina" de otra nación y tener que abandonar su querido Patria.

A medida que iba creciendo, citando nuevamente a sus biógrafos oficiales, muchos piensan que Elisabeth podría entrar en una orden religiosa, como su tía Louise, por su carisma y devota piedad. Su hermano Luis XVI, fue bastante reacio a esta idea, y decide dejarla crecer para que luego, ella misma decida su opción de vida a su mayoría de edad (25 años). Elisabeth asimismo, seguía firme en su Amor por Francia y no le interesaba ingresar en un convento. Disfrutaba vivir su piedad y devoción a Dios, en contacto con su gente, en la Villa de Versalles.

Varios eventos vinculados a la política de este complejo siglo XVIII, el temperamento de los jóvenes príncipes y princesas que ya se han convertido en adultos y que están influenciados por las ideas de la Ilustración y su nueva forma de pensar que estimula deseos de cambios, y el acceso al trono de Luis XVI y María Antonieta por la repentina muerte de Luis XV, conducen a la gran familia real a dividirse más o menos abiertamente. Sólo la Sra. Elisabeth toma una posición firme de compromiso, acompañando a su hermano, Luis XVI; mirando al futuro de Francia y enfrentando esta difícil coyuntura de la Monarquía Real.

En su vida cotidiana, en su vivir en la Corte, debemos alejarnos de las imágenes que nos venden las películas y el relato impuesto por los artífices de la Revolución Francesa. Ella practica todo con moderación, eliminación de excesos y superficialidades, que alimentaban las intrigas palaciegas, sin dejar de tener una vida activa y presente en el pequeño núcleo familiar del Trianon, ocupándose de la educación de los hijos de la pareja real, sus sobrinos: el Delphin, Luis XVII y de la pequeña Madame Royale. Siempre estaba dedicada a las obras de caridad, refugiándose en la oración diaria, especialmente en la Virgen María y su Inmaculado Corazón y el Sagrado Corazón de Jesús.

Como citan en su biografía Madame Elisabeth guarda fielmente a sus amigas de la infancia y damas de honor, no le gustan los cambios. La amistad que siente por Angelique Mackau, que luego se convirtió marquesa Bombelles y María Causans, devenida en Señora Raigecourt dura hasta su último día.



Ella pone en práctica los principios cristianos que guían su vida. Visita a los pobres y enfermos, escucha a la gente que vive en Versalles; la fama de la "buena señora Elisabeth" se extiende.

En este dialogo abierto que posee en sus paseos diarios en la Villa, comienza a comprender el descontento que se respira y el peligro que existe siempre latente entre la nobleza disconforme y reaccionara y los nuevos aires de pensamiento.

El año 1789 es un año particular y crucial, donde se manifiestan en las charlas sociales y entre los burgueses estos nuevos aires de cambio. En la primavera de 1789, Luis XVI convocó a los Estados Generales, reunión de los tres movimientos pedidos (nobleza, clero y tercer estado) para buscar un equilibrio y salida a la difícil coyuntura económica que vivía Francia. En la apertura de la reunión, el 5 de mayo, el tema de los arreglos de cómo y a quién votar es planteado por los diputados del Tercero estado, el pueblo, quienes rechazan el voto por orden y proponen un voto per cápita. El Rey se opone a las demandas de los diputados del Tercer Estado, la cuestión espinosa de las modalidades del voto cristaliza el debate. Después de un mes de espera, discusiones y tensiones, los diputados del Tercer Estado proclamaron la Asamblea Nacional el 17 de junio, considerando que representan a la nación en su totalidad. El 20 de junio de 1789, los diputados, reunidos en una sala de juego de pelota, juran nunca "separarse [...] hasta que la Constitución del reino se establezca y fortalezca sobre bases sólidas". Ante esta presión, Mdme. Elisabeth mantiene largas charlas con su hermano el Rey, y el mismo 17 de junio de 1789, se lamenta de la falta de firmeza de su hermano ante los ataques a la autoridad real y su falta de compromiso firme y su demasiada condescendencia

con el grupo de insurgentes del Tercer Estado, que conducirán el día 14 de julio al desenlace de la toma de la Bastilla por grupos llegados de la costa del mediterráneo, donde se aprovisionan de las armas, crean desorden y desconcierto en Paris, y amenazan a la familia real.

Elisabeth no quiere huir de Francia y toma la firme decisión de permanecer cerca de su hermano y su familia. En los días 5 y 6 de octubre de 1789, compartió los peligros y la incertidumbre. La turba, muchos como comenté llegados de las costas del mediterráneo y ajenos al ser "francés", pues hablan incluso dialectos locales, poseen un odio visceral a lo Divino y por ende a la realeza, también se abalanzaron sobre el tranquilo Versalles.

Presionados por los Insurgentes, Mdme. Elisabeth, debe abandonar su amado Versalles y trasladarse con la Familia Real al Palacio de las Tullerías, en Paris. Nunca más regresarán.

En esta etapa ella será el soporte moral de su querido hermano Luis XVI y de la Reina María Antonieta. Sus virtudes de Fe, Fortaleza y Templanza se manifiestan en esta hora trágica y se sostiene en su devoción al Sagrado Corazón de Jesús y al Inmaculado Corazón de María, sin olvidarse de la misión encomendada a Francia por Dios, en su Rey, como lugarteneinte del Reino de Cristo en la Tierra. Seguramente muchos recuerdos de sus antepasados estarían presentes en este "apocalíptico" momento: El Rey Clovis y la Santa Ampolla del Santo Crisma, el Santo y Piadoso Luis IX, la decisión de Luis XIV y su traslado a Versalles luego de la Revuelta de la Fronda, el silencio del Rey Sol ante los Mensajes recibidos desde lo Alto y más recientemente el surgimiento de ese modernismo de ideas y actitudes cada vez más ausentes de Dios, fue cambiando el corazón de sus allegados y amigos.

Por ese motivo, el 10 de febrero de 1790, fecha del aniversario del voto de Luis XIII, que Consagró el Reino de Francia al Sagrado Corazón de Jesús y al Inmaculado Corazón de María y proclamó a la Santísima Virgen como Reina de Francia; Madame Elisabeth organiza una Misa para renovar el voto de Luis XIII, pero esta vez por Luis XVI a la Virgen de París. Durante la Misa, Elisabeth concibió la idea de fundar una asociación de oraciones y sacrificios para la protección de Francia. Junto con unos amigos comienza con esta misión de la difusión del culto al Sagrado Corazón y al Inmaculado Corazón de María por Francia, y realiza como ofrenda simbólica un ex voto de

dos corazones de oro puro grabado con la leyenda "A la Iglesia de Francia, la familia real," el que fue entregado en la catedral de Notre-Dame de Chartres en el relicario del velo de la Santísima Virgen. Siempre en sus ideas, en sus actitudes y acciones, estaba presente el valor Sagrado de la Monarquía y la gran responsabilidad que el Rey tiene sobre sus súbditos por mandato divino.

Su causa de beatificación se abrió el 12 de julio de 2018.

Los sucesos políticos se aceleran comenzando las disidencias y el clima convulsionado gana las calles, comenzando a reinar en los barrios de Paris un clima de insurgencia y violencia inusitado.

Según relata el padre Snöek en la causa de canonización de Madame Elisabeth:

> *"Ella no estuvo de acuerdo y rechazó firmemente las decisiones que la Asamblea Constituyente que en muy acalorados debates aprobaba. Su postura fue firme y la llevó a tener una participación activa, denunciando el grave error ante la aprobación por la Asamblea Constituyente de la Constitución Civil del Clero, el 12 de julio de 1790, que implica la confiscación de las propiedades del clero, la disolución de las órdenes religiosas, y la creación de una iglesia disidente "laica" ajena a la Voluntad de Roma y el Santo Padre. Su hermano el Rey intentaba ser conciliador, pero su débil postura, no contribuía a la solución y salida de la crisis y a la unión de Francia. De allí a la reacción del Papa Pío VI, que denunció la constitución civil del clero".*

La violenta prohibición de abandonar las Tullerías para celebrar su Pascua en Saint-Cloud, de manos de un sacerdote refractario, llevó a Luis XVI a abandonar París, en secreto. Es conocida la partida y posterior arresto en Varennes, la noche del 20 y 21 de junio de 1791, en la que participa Madame Elisabeth, el arresto, el regreso en medio de una multitud hostil, pero donde la princesa ocupa un lugar interesante mientras conversa con Pétion y Antoine Barnave, sobre la Monarquía y su mandato divino.

La Constitución del 3 de septiembre de 1791, establece una monarquía constitucional con poder de veto. Aquí queda de manifiesto el gran error a un modelo monárquico constitucionalista, pues

descabeza, el Poder Divino del Monarca, como "vicario del Cristo", pasando a ser sólo una figura decorativa que debe consensuar sus decisiones con la Asamblea.

Antoine Barnave con muy buena oratoria, defiende el rol del Rey y evita que se cruce esta delgada línea, que introduce al poder político como instrumento manejado sólo por el poder humano, caprichoso e inestable, poder político que carece de la "Gracia Divina", que procura siempre el bien mayor. Lamentablemente su postura fue ambigua, buscando siempre el derecho humano sobre el Divino, y hoy estamos viviendo sus consecuencias.

Comenzó inmediatamente un "régimen del Terror", que promovió persecución y castigo de muerte a todos los que no aprobaban el modelo de la Asamblea Constituyente y los Derechos del Hombre. No hubo debate ni discusión. La violencia fue necesaria para que triunfe su modelo político, imponiéndolo por medio de la violencia y el silencio de muerte de todos los que no acompañaban sus ideas. Con sangre se fue difundiendo su falso lema de Libertad, Igualdad y Fraternidad. El antiguo régimen debía morir junto con todos los que lo avalaban. Comienza a construirse bajo un rio de sangre una nueva "religión" atea, carente de Dios, de sus virtudes, de sus valores y de sus principios: la Política del Estado y un Nuevo Catecismo: la Constitución.

Un levantamiento popular, como fue el del 20 de junio de 1792, pone al Rey Luis XVI en la atención de las masas insurgentes que lo ven ahora como el Gran Enemigo. Durante la primera invasión y saqueo al Palacio de las Tullerías, la señora Elisabeth arriesga su vida haciéndose pasar por la Reina Marie-Antoinette, contra la cual se manifestaba la violencia popular. Dos meses después, el 10 de agosto de 1792 tuvo lugar la toma del Palacio por los violentos.

Madame Elisabeth escribe cartas a su hermano el Conde de Anjou comentando las vertiginosas noticias de lo que estaba ocurriendo en Paris y se infiere que en sus cartas informa y pide ayuda a las monarquías extranjeras. Por decisión e intervención Divina los sucesos se desencadenan veloz y violentamente, estos pedidos no son respondidos, pues otro es el Plan de Dios para esta gran Hora de la batalla entre las fuerzas de Dios y las del Ángel apóstata.

La vida de la familia Real se salva al encontrar refugio en el edificio de la Asamblea Legislativa, desde este momento ellos se convier-

ten en prisioneros de la Comuna de París. Un Vía Crucis comienzan a marcar su destino final.

Madame Elisabeth, que podría haber abandonado Francia varias veces, incluso a pedido del Rey, especialmente a la partida de sus tías en 1791, no lo hizo y mantuvo un activo compromiso político. Ella ha decidido quedarse con su hermano y voluntariamente se convierte también en prisionera de la Comuna de París y entra en la Torre del Templo el 13 de agosto de 1792.

Ella se dedica a la oración, reza diariamente la que forma parte del devocionario al Sagrado Corazón que ella practicaba.

El primero en ser ajusticiado fue el Rey Luis XVI. Por su mediación y gestión logra que su confesor el padre Egworth, ayude a su hermano. Es este sacerdote quien celebra para el Rey su última Misa en la Torre del Templo. Es él quien recoge su última confesión y lo acompaña al cadalso. Así, es a través de su hermana Madame Elisabeth que Luis XVI puede tener en estas últimas horas la ayuda de un sacerdote que no sea miembro del jurado, y sea leal a la causa del Reino de Cristo. La decapitación del Rey, es una señal de la decapitación de la Monarquía Real, decapitación del lugarteniente ungido por Dios, el brazo armado de Cristo en la Tierra; como he mencionado al inicio.

Elisabeth pasa a ser el sostén afectivo de la familia Real, cuidando y consolando a su debilitada cuñada, la Reina. Madame Elisabeth siempre supo mantener su posición de ser hija de Francia. Toda esta energía se despliega a expensas de su salud. Madame de Bombelles escribe, el 22 de abril de 1793, "su delgadez es espantosa, pero la religión la apoya; ella es el ángel consolador de la Reina y los niños". Incluso llegó a ocuparse de Madame Tison, su carcelera, que la había denunciado varias veces ante los insurgentes.

Elisabeth pasa a ser el instrumento del Angel Custodio de Francia en esta hora aciaga, que se inicia con el derrocamiento de la Monarquía Divina, en la tierra.

Asimismo coincidiendo con este macabro plan, las turbas saquean templos, los transforman en templos paganos, entronizando a prostitutas como "diosas" representantes de los valores de la República que habían comenzado a construir. También fueron sus deseos el destruir la ampolla con el óleo Santo, que descendió de los Cielos, en la Unción y Coronación del Rey Clodoveo, y que varios siglos des-

pués tan preocupada tenia a Santa Juan de Arco, en su misión divina de Ungir y Coronar al Rey de Francia en Reims. Su odio visceral a lo Sagrado se manifiesta en los más mínimos actos de destrucción y saqueo. Francia se convirtió en un auténtico infierno.

El 2 de agosto de 1793, la reina María Antonieta fue tomada prisionera y llevada a la Concergerie. Madame Elisabeth se entera de su ejecución estando en esa guarida de la muerte, entre el 9 y el 10 de mayo de 1794.

Su juicio es “prefabricado” como el de muchos otros bajo el Régimen del Terror. Ella ni siquiera pudo hablar con su abogado, Chauveau-Lagarde. El Tribunal Revolucionario la acusa de colaboración en la huida del Rey, apoyo financiero en el exilio de aristócratas y resistencia a las tropas durante los hechos del 10 de agosto de 1792, en el asalto a las Tullerias. Condenada a muerte, es parte de un grupo de veinticuatro personas que ella ayudará a prepararse para morir, incluido el ex ministro Loménie de Brienne, la señora de Lamoignon, la señora de Montmorin y su hijo.

Las crónicas de la época son coincidentes en que al paso del carro, “la gente la contempla en silencio). Todos los convictos se reúnen alrededor de ella, quien al final del carro, M. Elisabeth se levantó primero y les dijo a sus compañeros: “todos estaremos en el cielo”. Cada uno a su vez, las mujeres la abrazan, los hombres doblan sus rodillas, mientras la princesa recita el De Profundis. A su vez, ella es la última cabeza descubierta, y subió con firmeza, los pasos del andamio para el cadalso.

Todas las memorias de esta época coinciden en que en el momento en que recibió el golpe fatal, un olor a rosa se extendió por toda la Place Louis XV (Place de la Revolutión). Su cuerpo fue enterrado en una fosa común en el cementerio de Irancy. Este pozo ha desaparecido. Su cuerpo no pudo ser encontrado ni identificado. Así Madame Elisabeth, como emisaria del Angel de Francia, protector de la Monarquía, por su linaje Real, entrega su vida y comienza a formar parte del ejército del cielo, junto a otra doncella virgen, que también vivió y dio su vida por Francia: Santa Juana de Arco. Unidas para la Batalla final del Triunfo de Cristo Rey, en los cielos y en la Tierra. Madame Elisabeth tenía solo 30 años, pero una “fe inquebrantable en la vida eterna”, dice el padre Xavier Snoëk.

Después de haber presentado brevemente su vida y obra martirial, llegamos al segundo punto, que nos trae la reflexión, de su importancia como Santa y cómo podemos unirnos a este ejército militante, en comunión con los Santos, desde nuestro día a día.

Elisabeth Filipa María Helena de Francia, llamada Madame o Sra. Elisabeth, estuvo encarcelada con la familia real desde 1792, y es llamada a comparecer ante el tribunal revolucionario bajo el terror, y fue condenada a muerte y ejecutada. Desde el inicio de este proceso martirial fue reconocida por su piedad, sus actitudes de caridad, ante tan injusta y violenta realidad. Su muerte desde los mismos verdugos la asociaron a una mártir. Durante el siglo XIX, siempre estuvo presente en la memoria de los franceses. Es declarada sierva de Dios por la iglesia católica en 1953.

El tema de la santidad está muy vapuleado en la religiosidad católica post Concilio Vaticano II, más sentimentalista, muchos santos se usan y se promueven con lemas del modelo político de los movimientos obreros como el de "Pan y Trabajo" y especialmente en el Arzobispado de Buenos Aires, por citar sólo un ejemplo local. En una carta Pastoral de 2007, el entonces Arzobispo, insta a promover "a las parroquias a sacar a los Santos a las calles, a promover una religiosidad de cara al pueblo, a santuarizar las parroquias". Estas prácticas que promueven eventos masivos se alejan cada vez más de promover los valores de Santidad que vienen dado desde lo alto y que enseña el Catecismo. Estos Santos ofrecen la solución "a causas imposibles y terrenas".

Con la Sierva de Dios M. Elisabeth nos alineamos al Modelo de Santidad, esa santidad, que es ofrecida por Dios a través de su Hijo Jesucristo, nuestro Único Redentor que propone nuestra Amada Iglesia Católica. Es Dios el que viene, el que nos busca y el que nos salva. Todo el protagonismo es Suyo. A nosotros solo se nos pide la aceptación de esta salvación gratuita.

M. Elisabeth como Sierva de Dios, nos ayuda desde lo personal, a ir creciendo en nuestra fe y tenerla como modelo de Virtudes en nuestro día cotidiano.

M. Elisabeth posee un brillo especial, la Virtud de la Fortaleza. Como analiza el Padre Alfredo Sáenz, "*la Fortaleza existe, porque existe el mal y cualquier acto de fortaleza humana (guerrera, moral etc.)*

siempre es un Don de Dios, por parte del hombre no hay más que fragilidad e impotencia". Y como dice el salmista en el salmo 18 "el señor es mi roca, mi fortaleza, mi liberador; él es mi fuerza salvadora".

En el Martirio y en la muerte martirial se da: "en el punto de confluencia un gran amor y un gran odio: el amor de Dios, encarnado en el Mártir y el odio del Mundo", como reflexiona el padre Sáenz en su libro sobre las virtudes. El ángel apostata que odia y es deicida desde un principio encarnado en muchos actores de la Asamblea Constituyente y especialmente en el ejecutor de la acción, en el Verdugo Sansón. Madame Elisabeth, como otros Mártires de la Santa Iglesia de Todos los tiempos, dan testimonio con su vida y su Sangre! Y asumen esta muerte con total entrega a Dios y a la Patria.

La Fortaleza, requiere de una fe profunda, vivida y encarnada, que sostenga al límite martirial la vida. Hoy en la actual coyuntura de la batalla en la Iglesia, muchos son lo que ya alcanzaron el martirio de la FE y los actuales verdugos, deicidas como en el principio, matan ahora con la manipulación de la Palabra y con el poder del príncipe de este mundo, por sus actos y responsabilidades ejecutadas y las actitudes apóstatas que promueven, incluso dentro de las jerarquías eclesiales.

¡Cuánto hay que pedir por este Don de la Fortaleza en el actual combate!



También hay que tener presente las otras virtudes asociadas, como la Virtud de la caridad, citando nuevamente al Padre Sáenz, "la caridad es la virtud motora que impulsa a sufrir el Martirio por amor a Dios. Sin ella al martirio carecería de valor meritorio".

Además, como destaca al Padre Snöek, postulador de la causa, la devoción al Sagrado Corazón de parte de M. Elisabeth, y su actitud frente a cómo practicar la fe, es una manera concreta y real de cómo vivir en presencia del Salvador de Mundo, la Única Verdad: Jesucristo. En su conferencia en enero de este año, el Padre Snöek nos invitó muy especialmente, a meditar esta oración de entrega al Sagrado Corazón y en cómo Madame Elisabeth la puso en práctica.

Recordemos que primero, en febrero de 1790, ella se une a una oración por Francia en la Catedral de Notre-Dame, con motivo de la celebración del aniversario del Voto de Luis XIII, una oración por una Francia desgarrada, una Francia en la agitación revolucionaria, como mencioné hace unos instantes en su semblanza biográfica. ¡Elisabeth piensa por Francia y en Francia se concentra la lucha de la Monarquía Divina! Como destaca el padre Snöek: "Para la Sra. Elisabeth, se trata de una renovación personal de la consagración de Francia hecha por su antecesor Luis XIII a la Virgen María, pero también para redirigirla de una manera muy personal a nosotros los católicos como hijos de Dios. De hecho, Elisabeth se vuelve hacia el Corazón de la Virgen María, hacia su capacidad inmensa de amar y de proteger a sus hijos; la Santísima Virgen, que ama perfectamente como Cristo mismo, cuyo corazón está tan ardiente de amor por cada uno de nosotros. Por lo tanto, se trata de pedirle a la Virgen María que interceda por nosotros con su Hijo. Prosigue el padre Snöek:

> *"Esta oración por Francia al Corazón de Jesús y al Corazón de* María tendrá un extraordinario exvoto con el voto nacional al Sagrado Corazón y a la construcción de la Basílica de Montmartre durante el siglo XIX. Unidos a la Virgen María, Ella mira compasivamente a aquellos que están sufriendo y especialmente en nuestro país indefenso y en plena Revolución".

En aquel día de febrero de 1790, Madame Elisabeth fundó una hermandad en honor al Inmaculado Corazón de María y esta funda-

ción tendrá gran desarrollo y con muchos frutos hasta el presente.

El Padre Snöek afirma que Madame Elisabeth, a pesar de la hora trágica que estaba aconteciendo en Francia, es testigo y da pruebas de un Dios misericordioso. Elisabeth nunca fue sentimentalista, sentimentalismo que emergió desde la Devotio Moderna; sino que estaba llena de confianza en el Señor, a quien no ve como un Juez sino como un Padre que acoge a sus hijos en su Reino.

Aquí vemos nuevamente como se refleja la Virtud de la Fortaleza, asociada directamente con la virtud de la caridad, ese Amor a Dios que justifica esta entrega martirial. De ese modo Ella también testifica incesantemente con una fe inquebrantable, nuestra propia resurrección. Por lo tanto, en el corazón de la agitación revolucionaria, Madame Elisabeth pudo consolar a los que estaban en peligro.

Ante el peligro, tiene una admirable templanza, pues sin vacilar en pretender ser la reina amenazada, siempre está pendiente de cuidar y de ayudar a los heridos y preservar a los guardaespaldas.

Los testimonios de esa hora trágica dan cuenta de su caridad, de su fortaleza y de fe en la vida eterna. Para ella, la muerte no es el final sino la entrada a una nueva vida donde nos encontraremos con los que nos aman. En el camino hacia el cadalso ella les muestra a sus compañeros de infortunio, el camino al cielo y los alienta a confiar en la misericordia del Señor.



Es importante tener presente las cualidades espirituales de esta santa mujer como modelos para la batalla de hoy.

Una faceta muy marcada en Ella en sus últimos años de vida, fue la de “abandonarse a vivir la voluntad de Dios”. Una dimensión espiritual no menor, que ya se manifestaba generando sonrisas en sus allegados en Versalles. Comienza por ayudar a la familia, a evitar discordias dentro de la corte en el Palacio de Versalles, donde hay muchas miserias y sufrimientos ocultos. El futuro Carlos X, su hermano tan querido, la denominó “el ángel bueno”. Elisabeth reúne y está cerca de todos, incluso de los más alineados a las ideas de la ilustración. Sin importar lo que digan de su cuñada María Antonieta, por ser extranjera y una Habsburgo, su dedicación hacia ella es perfecta, a pesar de que no comparten las mismas opciones políticas y que, ante el peligro, no tienen las mismas reacciones. Esta donación propia que ella hace de su vida, con los ojos fijos puestos en Cristo, la lleva conscientemente a quedarse con el Rey y con su familia. Ella está convencida desde el principio, del resultado fatal del problema revolucionario.

Es para nosotros un llamado constante y renovado de donarse a la Voluntad de Dios. Podríamos seguir destacando cada una de las virtudes, que se manifiestan en la Sierva de Dios M. Elisabeth, como un modelo de vida para hoy.

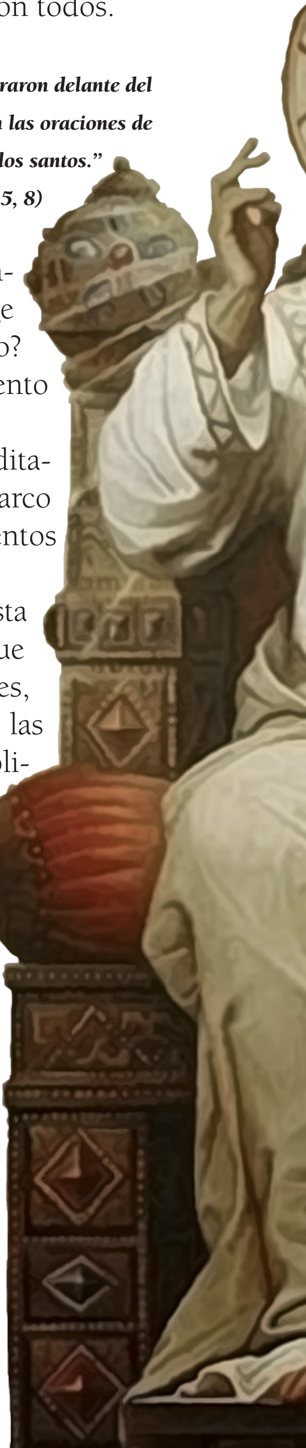
Cualquiera que sea nuestro estado de vida, estamos llamados a dar nuestra vida como Cristo que libremente la dio por amor a nosotros. La vida religiosa, el sacerdocio y el matrimonio incluyen este don de sí mismo.

Nosotros necesitamos de la intercesión de estos Santos Hijos de Dios, para librar el buen Combate en nuestro deber de estado diario. Asimismo, los santos necesitan de nuestra ayuda, y por ende nuestra oración de intercesión para que su tránsito, Misión en la Tierra, no sea semilla y sangre derramada sobre suelo estéril. Para que esa Sangre derramada sea fuego fecundo que abre el surco y permita construir día a día la llegada de Cristo Rey triunfante. Es decir, la Parusía. Y la Iglesia triunfante pueda interceder por nosotros ante Dios para que nos brinde su auxilio oportuno y nos ayude en nuestro camino hacia Él. Es un vínculo de Reciprocidad. Y así, de esa manera, fortalecer los vínculos de la “sanctorum Dei Communio”, la unión espi-

ritual de todos los cristianos, vivos y muertos; que compartimos un solo cuerpo místico con Cristo como cabeza, en el cual cada miembro contribuye al bien de todos y comparte los bienes con todos.

"Cuando lo tomó, los cuatro Vivientes y los veinticuatro Ancianos se postraron delante del Cordero. Tenía cada uno una cítara y copas de oro llenas de perfumes, que son las oraciones de los santos."

(Apoc 5, 8)



Llegados a este punto, como reflexión a modo de conclusión, que nos invite a tener una actitud activa surge entonces la pregunta: "¿Cómo Restaurar todo en Cristo? ¿Qué es la Monarquía Divina en la tierra como instrumento político?"

En un tema tan complejo, que requiere nuestra meditación y contemplación diaria. A sólo los efectos de dar marco a esta presentación, propongo enfocarnos en los documentos del Papa Leon XIII.

Me enfocaré en una Encíclica casi contemporánea a esta coyuntura histórica que estamos analizando (1890) y que responde a las necesidades de los católicos practicantes, dolidos por el presente que estaban viviendo y nos dan las respuestas para los católicos de hoy, que tenemos la obligación de restaurar Todo en Cristo.

Me estoy refiriendo dentro de todos los documentos producidos especialmente a la Sapientiae Christianae, que entre otros temas pone en valor el Amor a la Patria y el Amor a Dios, como amores gemelos, que permiten que Dios obre en sus instituciones (políticas y religiosas) y que sólo volviendo a los principios de la sabiduría cristiana se puede salvar la sociedad. La encíclica contiene dos partes principales: la Primera habla sobre la defensa de la fe frente al rechazo de la religión por la razón impuesta en la Revolución de 1789/90, y la Segunda habla sobre las relaciones Iglesia-Estado.

Permítanme hacer brevemente un pequeño racconto



en nuestra Historia de la Salvación para comprender el cómo poder actuar en este presente, y comprender las recomendaciones del Papa León XIII.

Dios envía a su Hijo como redentor ¡Él es Cristo, Rey del Cielo y Rey de la Tierra!

Pero Jesucristo no les dijo a sus apóstoles en el Cenáculo: "organicemos una Asamblea Episcopal y así ustedes me dirán qué les parece que Yo debo hacer."

No. Nuestro Señor Jesucristo, le dijo a Pedro, "sobre esta piedra Construiré mi Iglesia". Y luego de la Venida del Espíritu Santo, miles son los que se convirtieron, creyeron y abrazaron la Fe en Jesucristo Rey de Reyes, por la predicación de Pedro, el primer Papa.

El Papa León XIII dijo:

"Hubo un tiempo en que la filosofía del Evangelio gobernaba los Estados. Entonces aquella energía propia de la sabiduría cristiana, aquella su divina virtud, había penetrado profundamente en las leyes, instituciones y costumbres de los pueblos, en todos los órdenes y problemas del Estado"

(Immortale Dei Carta encíclica de S.S. León XIII sobre la constitución cristiana de los estados-1 de noviembre de 1885-punto 28)

Lentamente se fue organizan-

do bajo esa Gracia el Poder Político, reyes que asumen su rol de "soldados" de Cristo Rey. El Bautismo de Clodoveo y su Unción y la conversión de sus miles de soldados a la Fe de Cristo marca este Inicio de "Monarquías Divinas" en occidente, que van despaganizando a las Galias primero y luego a toda Europa y construyendo así la Europa Católica, que hoy lamentablemente y como todos bien sabemos, la están destruyendo.

Como ejemplo de esto podríamos nombra a la obra de Luis IX, San Luis Rey de Francia, quien transforma a Paris en una segunda Jerusalén, convirtiéndola en Capital Cultural de la Europa Católica.

Otra importante obra es la misión que le fuera encomendada por Dios a Santa Juana de Arco, que antes de entronizar al Rey en Reims, en un gesto inaudito que sorprendió a todos los presentes, en la Abadía de San Benito sobre el Loire (San Benito es hoy considerado patrono de Europa y esta abadía fue fundada durante el reinado de Clodoveo II (638, 657). El primer abad del convento que hizo observar desde luego la regla de San Benito, se llamaba Mummolus. Como les decía, y como cita la Hermana María de la Sagesse Sequeiros en su libro Santa Juana de Arco, "Dio a la Realeza de Cristo sobre Francia un contenido oficial, estatal y jurídico". Un hecho conocido como la "triple donación", y que lleva a posicionar, al Rey, como Lugarteniente de Jesucristo".

Cristo instituyó la Monarquía Divina, eso es lo que defendieron en 1792, no solamente M. Elisabeth, sino también otros miembros católicos de la Asamblea Nacional, quienes además de la Fe, también tenían el conocimiento legal de ese "poder" otorgado desde lo Alto. Ellos veían que con los cambios que querían imponer los insurgentes, el avance de la paganización en la política, poniendo como escudo a la razón, y promoviendo lo que hoy llamamos el poder "civil" y sus instituciones, Francia iba a apostatar de la Fe, alejándose de la Ley Divina como modelo de gobierno.

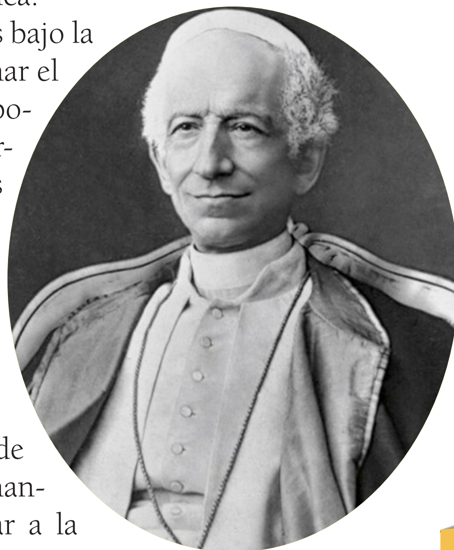
Si recordamos los conocidos ejercicios Ignacianos, en uno de ellos, está el Ejercicio de las Dos Banderas donde un soldado debe elegir luchar: bajo la Bandera de Cristo Rey o bajo la Bandera del Príncipe de este mundo, el Ángel Apostata, rey de la Mentira.

Como reflexiona Jean Ousset :

> *”Si Jesucristo es Rey Universal, ¿cómo podría ser esa realeza no ser también sobre las instituciones, sobre el Estado: realeza social? ¿cómo se la podrá llamar universal sin ella? Si las discusiones son tan vivas sobre este punto, es porque tocamos el terreno de aquel a quien la escritura llama precisamente “el príncipe de este mundo”. He aquí que perseguimos al dragón hasta su último reducto, que lo acosamos donde pretende hacer su guarida… ¿Qué hay de extraño que redoble la violencia escupiendo llamas y humo para intentar cegarnos?”.*

Los revolucionarios que asesinaron al Rey, enrolados bajo la bandera del dragón/demonio, no solamente dieron muerte a Luis Capeto (nombre civil del Rey Luis XVI), no solamente dieron muerte a la Monarquía Francesa, no solamente dieron muerte a un ideal católico, sino que matando al Rey de Francia que encarna la figura del Padre y de la Patria, dejaron huérfano al pueblo francés y desconcertada a la Europa Católica.

Los que se alinean bajo las banderas del príncipe de este mundo, con su odio deicida, los lleva desde el origen hasta el presente actual, a articular un plan: Eliminar la Reyecía de Cristo en la Tierra bajo sus dos amores gemelos: el amor a Dios y el Amor a la Patria, como explica el Papa León XIII en su Encíclica.



Durante el siglo XVIII, los alineados bajo la bandera del diablo, comenzaron a tomar el poder terrestre desde la Razón, y el poder político, creando formas de gobiernos alternativos, ateos, y mutando los principios, valores y virtudes, creando una religión sin Dios, una religión de estado como lo es la democracia, cuyo origen es diabólico. El Rey es puesto por Dios, mientras que un presidente democrático es puesto por el hombre.

Durante el siglo XX, este plan de odio fue avanzando cada vez más, tomando todo el poder político hasta llegar a la

"cabeza" del otro Amor: el Amor a Dios. Ese "Poder" en la tierra que fue otorgado por Jesucristo a sus Apóstoles. La fe también se fue debilitando desde las jerarquías religiosas, aceptando las nuevas ideas, y lograron descabezar (perdón por el término usado) a la Piedra basal, la catedra de Pedro, su sede. Es bien recordado cómo el papa Pablo VI le entrega los atributos de Poder Eclesial (triple Corona, báculo) a los poderes del mundo, la ONU y demás, en un gesto de falsa libertad, igualdad y fraternidad.

Ya el Trono de nuestro Señor Jesucristo no lo han tomado derramando sangre de mártires, sino que ahora su estrategia es coactar conciencias y voluntades. Los que resistieron y resisten en estas últimas décadas esta batalla, son ahora mártires de la fe.

Para concluir, sin ser pesimistas, sino realistas, ante el actual combate terrenal y espiritual que estamos atravesando, esta batalla, humanamente hablando, es imposible de ganar. Solamente se ganará con la segunda venida de Cristo. Mi sugerencia, es que nos unamos en oración con la Patria celeste, pidiéndole a Dios que por intercesión de la Sierva de Dios M. Elisabeth, de Santa Juana de Arco, de San León XIII, de San Pío X, y la Comunión de los Santos, bajo la mirada y protección del Inmaculado Corazón de la Virgen María, nos envíe pronto a su Hijo Rey del Cielo y de la Tierra, para de esa manera Restaurar toda la sociedad en Cristo.

¡¡¡Viva la Patria, Viva Cristo Rey!!!

Lic. Patricia Raffellini



La Revolución Francesa, parte 2

Las Ideas de la Revolución francesa

En el año 1789, Francia se encontraba en una situación financiera desastrosa. Era un país rico en un estado pobre, con un rey muy debilitado (Luis XVI) una deuda externa inmensa, y como si fuse poco los ministros que rodeaban al monarca iban contra la monarquía y contra la religión católica.

Frente a todo esto, el rey se veía en una disyuntiva, y e su afán de resolver la situación, subía los impuestos. La decisión no era fácil, pero no quedaba otra salida. La inflación traería consigo un desastre. Los nobles y burgueses estaban en pleno descontento con tener que pagar altas cantidades de impuestos, y para hacer las cosas peores, hubo una gran sequía en 1788 a 1789.

Ya desde unos años antes de estos tristes sucesos, la Revolución tomaba forma en las mentes de algunos escritores, filósofos y propagandistas denominados iluminados o iluministas, que como forma-

dores de opinión transmitan lo que les dictaba la "luz de la razón".

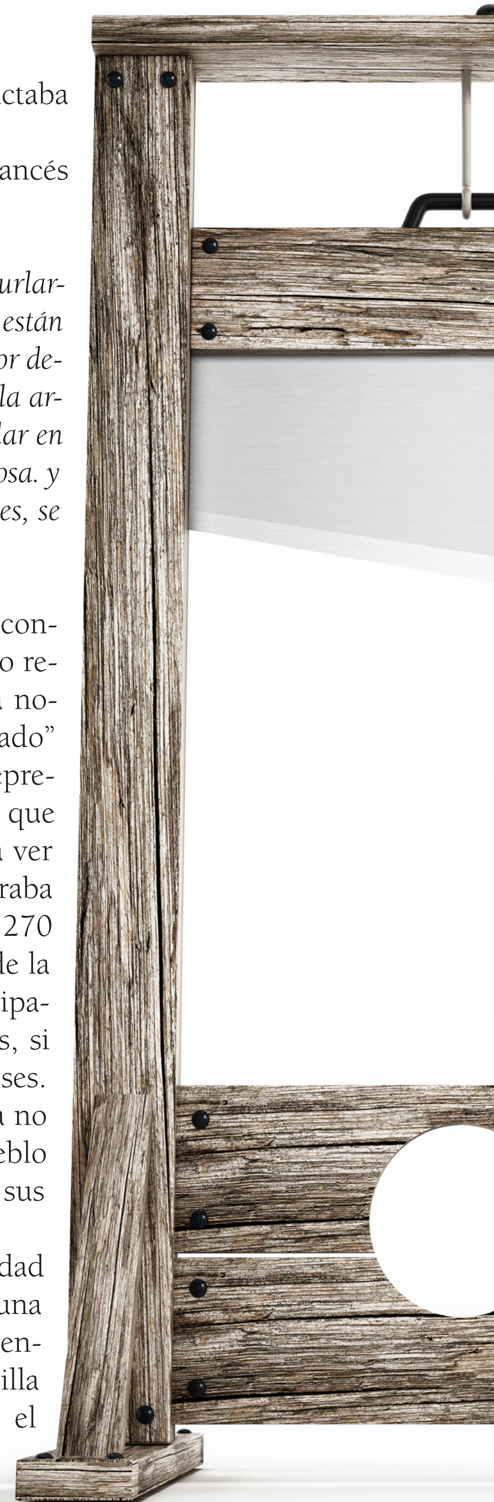
Sobre esto opinaba un gran escritor francés Antoine de Rivarolle. Decía:

> *"los filósofos" enseñaron al pueblo a burlarse de los sacerdotes. Y los sacerdotes no están en condiciones de hacer respetar al rey por debilitamiento de poderes. La imprenta es la artillería del pensamiento. No es lícito hablar en público, pero es lícito escribir cualquier cosa. y si no se puede tener un ejército de oyentes, se puede tener un ejército de lectores."*

En el palacio de Versalles, en 1789 se convocaron a los estados generales de consejo representado por los tres estamentos de la nobleza: los nobles, el clero, y el "tercer estado" que era la burguesía que actuaba en representación del pueblo, y la mayoría de los que votan en el estamento. Se reunieron para ver como salía de la crisis en la que se encontraba Francia. Había 291 por parte del clero, 270 por parte de la nobleza y 578 por parte de la burguesía. Por lo que el pueblo no participaba de manera directo en estas decisiones, si no que era "representado" por los burgueses.

A partir de este momento la soberanía no va a residir en el monarca si no en el pueblo y sus representantes. Recalcando sobre sus representantes.

La nobleza aprovecha esta oportunidad para conseguir el poder, y encaminan una marcha hacia la Bastilla, lugar donde se encarcelaban a los presos políticos. La Bastilla significaba para la gente de Paris como el símbolo de la tiranía Monárquica y de



la intolerancia Feudal. Era el 14 de julio de 1789. Una carta citada por Hipólito Thayne que circuló después de esta época indica de donde provenía este golpecito:

"¿Quieren conocer a lo autores de estos disturbios? Los encontrarán entre los diputados del tercer estado y particularmente entre los procuradores y abogados".

Dos días antes se había propagado la noticia que el ministro de economía de la corona francesa había sido echado por los batallones suizos, saliendo del campo de marte, y entrarían en la ciudad para degollarlo. Esto causó revuelo, y la gente marchó a hacer un motín en la plaza de la greve.

En la institución de "los inválidos" se guardaban todas las armas, y la multitud robó 28,000 fusiles. Con las armas se marcharon rumbo a la Bastilla y después de matar a su director se encontraron con algo muy distinto a lo que esperaban: Había solamente 3 presos: Un hombre que encarcelado por obsceno, a un traficante de monedas falsas, y a un demente.

Este hecho del comienzo de la Revolución francesa es muy significativo, y curiosamente se celebra hoy en día como si hubiera sido un acto heróico.

Tres años después de este suceso, afirmaría el revolucionario Camille Desmoulins en el Club de los Jacobinos:

"no es una paradoja decir que esta revolución –por la Bastilla–, el pueblo no la pedía, que no ha ido delante de la libertad, sino que ha sido conduci-

¿Sabías que cuando salió la primera película de Star Wars, e Francia seguía en uso la guillotina?

La guillotina continúo siendo el método de ejecución para los condenados a la pena de muerte en Francia. La última vez que se utilizó fue el 1977 con Hamida Djandoubi, condenado por asesinato.

do (...). El pueblo de París no ha sido sino un instrumento de la Revolución (...). Nosotros hemos sido los maquinistas"


Camille Desmoulins

A Pesar de esto, hay una misconcepción y mal información de que era el pueblo guíado por "La Libertad" como vemos en este cuadro de Eugéne Delacroix de 1830, Podemos notar aquí el cambio de bandera. Antes de este suceso, se seguía utilizando el estandarte llevado por Juana de Arco de una bandera blanca con una flor de Liz.

A partir de la toma de control por parte de la burguesía, los partidos generales se convirtieron en Asamblea General, quienes comienzan a tomar decisiones políticas ante Luis XVI, quien tenía el defecto de no tener ni fortaleza, ni prudencia política.

Los partidos se dividieron en: los jacobinos (los más extremistas) y los girondinos también de tendencia claramente liberal.

Esos son los principales sucesos durante los tres años posteriores:

1. El poder real pasa de manos del Rey a un grupo de burgueses (no al pueblo)
2. Para evitar refutación, se ejecuta al Rey y a su familia. La guillotina fue inventada por un señor llamado Mr. de la Guillotine para ejecutar a los enemigos de la Revolución.
3. Se promulgaron leyes de libertinaje minuto
4. Asesinato liso y llano por solo sospechas sin juicio justo.
5. Asesinato a todos los sacerdotes y religiosos, profanando tumbas y lugares sagrados.
6. La asamblea nacional pretendía arrasar con todo lo que existía hasta entonces. Por ejemplo, sustituyeron el calendario gregoriano de 365 dias que usamos hoy en dia por el calendario llamado republicano. Los meses fueron re-bautizados, y las semanas duraban 10 días en lugar de

7 al igual que en China comunista con tal de suprimir el domingo, para que la gente no se acrodara de Dios.

7. Se pusieron fiestas "nacionales" para no celebrar nada que se celelbrara con anterioridad. Se cambió hasta la oración del Padre Nuestro para que en vez de decir "venga a nosotros Tu Reino" dijera "venga a nosotros tu república."

8. En la catedral de Paris se rendía culto a una diosa falsa de "la razón", profanando horriblemente el templo. De su nueva "religión" hicieron "sacerdote" a Robesquieu.

9. De 300 Iglesias que existían en Paris, quedaron 30 en pie.

10. Decían que la mujer era dogmática y científicamente inferior al hombre.

11. Eran sumamente racistas, esto es, odiaban a ciertos humanos por sus características físicas… muy contrario a los Católicos que sabemos que todos somos hijos de Dios y nos amamos todos como hermanos. Decía Voltaire: "*Observamos a los judíos con la misma mirada con la que miramos a los negros, o sea, como a una raza humana inferior*". Voltaire.



Cuando se iba a la plaza de la Concordia en el centro de París, no se podía acercar uno a 300 metros de distancia por el olor nauseabundo de sangre que venía de la guillotina de tanta gente que mataron los jacobinos.

La región de la Vendeé pasó a la historia por haber sido el primer genocidio a manos de los asesinos Revolucionarios. Esta gente campesina no tenía con que defenderse más que sus herramientas del campo. Leerás sobre esta historia en el libro de literatura "Una familia de Bandidos".

Para luchar contra estos insurrectos se creó un ejército especial con el fin de exterminar a toda la población incluyendo mujeres y

niños para no dejar rastro de ellos. Lejos de lo que normalmente se enseña acerca de la Revolución Francesa, la misma no fue pacíficamente aceptada por todos. Al contrario; fue, como gran parte de las revoluciones modernas, impuesta a fuerza de la bayoneta y el fusil.



Testigo de ello es la región francesa de la Vendée.

"*Entonces sonó el toque en los campanarios de 600 iglesias, llamando al levantamiento de toda la Francia Católica*", se lee en un viejo libro acerca de la Revolución. Es que tantas medidas que se decían "*populares" en realidad eran todo lo contrario; el francés "medio*" era profundamente religioso y, aunque había recibido una enorme propaganda anticatólica a lo largo de todo el siglo XVIII, amaba a su Iglesia, a su Rey y a sus tradiciones. Además, el autoritarismo desatado por los nuevos gobernantes que se sucedían uno al otro gracias al régimen del terror, hacían que todo fuera difícil de mantener, salvo por las armas.

Entre las medidas que colmaron la paciencia del pueblo francés (en especial de la zona oeste) estuvo la leva forzosa del Comité revolucionario para la guerra con Austria. Sucedía que la Francia revolucionaria había declarado la guerra a Austria (donde reinaba el hermano de María Antonieta, esposa de Luis XVI) para lo que necesitaba carne de cañón que fuese al frente de batalla. Antiguamente a

la guerra solo iban los nobles, ya que dicha empresa se consideraba una práctica distinguida, pero desde el Renacimiento se venía decretando la obligatoriedad del alistamiento. Unos 300.000 campesinos del occidente francés fueron enrolados obligatoriamente. Ante la queja general por tener que levantarse contra una nación hermana y cristiana (y más en nombre de la República) la gente comenzó a inquietarse. En especial quienes se levantaron inicialmente fueron los de la región conocida como La Vendée que pasará a la historia por haber sido el primer pueblo francés pasado literalmente por las armas en nombre de la "tolerancia" y "los derechos humanos". En su gran mayoría de condición humilde y no experimentados en el arte de la guerra, los vendeanos debieron defenderse rústicamente y con lo que tenían a mano: al principio fueron rastrillos, palas, hachas, guadañas; todo servía para luchar a favor del Rey y de Dios.

A pesar de las enormes bajas y el poco armamento con el que contaban, los contra-revolucionarios llegaron a dominar toda la región de la Bretaña e incluso planearon entrar a París. Por su parte, el autodenominado "Comité de Salud Pública" (así llamado por los republicanos) tildaba de "enfermos" a los "enemigos del pueblo".



Para luchar contra los insurrectos se creó un ejército especial con el nombre de "Columnas infernales" (o "luciferinas") que tenía por finalidad exterminar la población vendeana, incluyendo a mujeres y niños. No se escatimó en gastos: hornos crematorios, ahogamiento masivo y fusilamientos permanentes fueron las prácticas más comunes. La "revolución popular" mataba ahora al "pueblo".

¿Pero la Revolución Francesa no amaba al pueblo? –se preguntará alguno; Voltaire, el impío Voltaire, podría contestar sin matices: “el pueblo está entre el hombre y la bestia; solo los filósofos pueden convertir a las bestias en hombres; el hombre sin cultura, sin experiencia, sin inteligencia, no es menos desgraciado y más digno de odio, que los molestos insectos o las bestias más feroces”.

La revolución, entonces, era el matamoscas de los que no conocían el progreso...



Solamente en esa región de la Vendée se llegó a la suma de más de 600.000 muertos, liquidando bosques y plantaciones, y al estilo romano, echando sal gruesa en la tierra para que no creciera más la hierba. Westermann, uno de los jefes encargados de la campaña escribiría en diciembre de 1793 al Comité de Salud: “Ya no hay Vendée. Ella ha muerto bajo nuestro sable libre, con sus mujeres y sus hijos. Acabo de enterrarla en los pantanos y en los bosques de Savenay. Siguiendo las órdenes que me habíais dado, he aplastado a los niños bajo las patas de los caballos, y masacrado a las mujeres que al menos ya no parirán. No tengo un prisionero que reprocharme, lo he exterminado.

Se fusila sin cesar en Savenay porque a cada instante llegan brigands (bandidos) que pretenden hacerse prisioneros.

Nosotros no hacemos prisioneros: habría que darles el pan de la libertad, y la piedad no es revolucionaria…" En fin…; "para el pueblo lo que es del pueblo", como dicen nuestros marxistas locales…

La rebelión dela Vendée fue profundamente religiosa; una feroz respuesta a la ideología ateizante y anticristiana. Tratóse de una guerra teológica, un capítulo en la guerra agustiniana de las Dos Ciudades. De un lado la impiedad, el sacrilegio y las matanzas sin compasión. Del otro, el testimonio de los mártires, sea de los que caían con las armas en mano dispuestos a morir por la causa sagrada, sea las víctimas inocentes, mujeres y niños masacrados.



Los ideales de la revolución francesa

Pero como todos intuimos, ni esta ni ninguna revolución ha surgido jamás de un zapallo. Se nos ha hablado hasta el cansancio del "Siglo de las Luces", de las "ideas" de la Revolución, de la "tolerancia", la "igualdad", la "fraternidad", etc. Las revueltas no nacen solas, sino que han tenido padre y madre con nombre y apellido.

Fue el gran influjo de la Masonería[6], esa secta impía y condenada por los Papas, la que desde 1717 tenía en mente la destrucción del orden establecido y la batalla final contra la Iglesia y los valores de la tradición; de allí, varios de sus integrantes obrarían como verdaderos conjurados en un fin específico: "destruir a la Infame", es decir, a la Iglesia.

Fue el ya citado Voltaire uno de los más grandes ideólogos de la Revolución; este, aunque no llegó a verla en la práctica, dejó sentados los cimientos prácticos de la conjuración: "es necesario obrar como conjurados (…). Que los filósofos verdaderos hagan una cofradía como los francmasones (…). Golpeen y oculten su mano"[7].

Como vimos, un grupo selecto de intelectuales fue quien llevó adelante los ideales con gran paciencia y laboriosidad; sus gritos de "libertad", "igualdad" y "fraternidad" quedarían esculpidos hasta el día de hoy en cuanto edificio público existiese en Francia; pero ¿qué significaba para ellos, sus mentores, estas palabras?[8]

"¡Te obligo a que seas libre!"



6 La Masonería proclama como principio básico la independencia absoluta de la razón humana frente a cualquier autoridad o enseñanza. El naturalismo y el racionalismo son su punto de partida. Consecuencia de esta radical decisión es la negación de la mayor parte de deberes con Dios y el indiferentismo Todas las enseñanzas de la Iglesia no son más que mitos de los que el hombre moderno y culto debe librarse. En la recepción de los grados supremos es obligatoria la apostasía, en el caso de ser cristiano, mediante la realización de acciones sacrílegas. Su gran enemiga es la Iglesia Católica, por lo que no es de extrañar que una de las metas más codiciadas de la secta haya sido la de "suprimir la sagrada potestad del Romano Pontífice y destruir por entero el Pontificado, instituido por derecho divino", como enseñaba el Papa León XIII (Encíclica Humanum genus).

7 Alfredo Sáenz, La Nave y las tempestades. La revolución francesa (primera parte), Gladius, Buenos Aires 2007, 117. Todo este libro del P. Sáenz y las fuentes que cita puede servir para ampliar la preparación de la Revolución Francesa.

8 Para lo que sigue resumimos aquí lo mejor del estudioso francés Xavier Martin, Nature humaine et révolution française, DDM, Dominique Martin Morin, Bouère, Francia 1994, 277 pp.

1. La Libertad


La Marianne, uno de los símbolos de la Revolución Francesa

Si alguien con seriedad intelectual se dispusiese a estudiar las teorías de los ideólogos de la revolución quedaría pasmado al ver lo difícil que es encontrar en ellos algún razonamiento favorable al hombre. Así por ejemplo, el famoso barón D'Holbach, principal sostén financiero de la gran Enciclopedia[9], afirmaba que los errores del hombre son "errores de física" y que no existe la intelección hablando estrictamente pues nuestros pensamientos "se producen sin que lo sepamos en todas nuestras acciones" (una especie de determinismo mecanicista, así como el girasol se mueve sin que lo quiera).

Diderot, por su parte decía en su "Correspondencia": "mirad de cerca, y veréis que la palabra libertad es una palabra vacía de sentido, que no hay y no puede haber seres libres; que no somos sino lo que conviene al orden general, a la organización, a la educación y, a la cadena de acontecimientos. He aquí lo que dispone de nosotros invenciblemente"[10].

¿Pero entonces? ¿Cuál es la libertad de la que nos hablan? Quizás sea la libertad sindical:

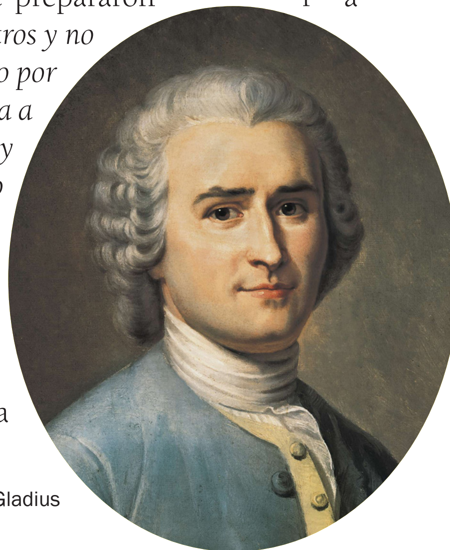
9 La "Enciclopedia" fue una publicación de varios tomos redactada por los pensadores revolucionarios por medio de la cual se intentó dar un nuevo significado a un sinfín de términos acuñados durante siglos de cristianismo.

10 Ídem.

El origen de la imagen de La Marianne data de la antigüedad clásica, quizás antes. La Democracia ya se representaba como una dama con un timón a sus pies y un saco de trigo.. A partir de 1789, las esculturas y los cuadros usarán personajes femeninos que representan los valores de la Revolución. La efigie de Marianne representa igualmente a la Masonería liberal que se plasmó en el Gran Oriente de Francia.

"Uno de logros mayores de la obra revolucionaria fue la liberación económica, especialmente con la ley Le Chapelier (1791), que, después de la muerte de las corporaciones, rige las relaciones de trabajo, prohibiendo tanto la huelga como el sindicalismo obrero, como que amenazan la libertad del contrato de trabajo, es decir, la libertad del patrón. Trátase de una lógica muy particular de la libertad, hay que reconocerlo, la misma de 1789, la que hace que se prohíba la huelga y los sindicatos. Será esta misma lógica la que, durante la mayor parte del siglo XIX, favorecerá consiguientemente la cruel proletarización obrera"[11].

Más divertido y hasta más franco resultaba de nuevo Voltaire al declarar que "*el bien de la sociedad exige que el hombre se crea libre*"[12] (sin serlo, obvio). Somos, en su concepción, una simple máquina "*que tiene, no sé cómo, la facultad de estornudar por la nariz y pensar por el cerebro*" y un grupo de "*autómatas pensantes donde la libertad es apenas una bella quimera*"[13]. Siguiendo al gran estudioso del pensamiento revolucionario, el profesor Xavier Martin, podríamos decir que tanto Voltaire como el resto de los que prepararon la Revolución "*llegan a practicar, sobre los otros y no menos sobre él mismo, un resuelto desprecio por la humanidad, cuya obsesión y agudeza toca a veces lo alucinante, y sobre lo cual no es muy raro que los conocedores arrojen el manto de Noé, lo que muestra una encantadora piedad intelectual, pero perjudica nuestra curiosidad*"[14].



Rousseau, otro adalid y puntero intelectual, se las tomaba contra la libertad del ciudadano común y declaraba

11 Xavier Martin, "Libertad, Igualdad, Fraternidad", en Gladius 44 (1999), 90.

12 Voltaire, Correspondance, Pléiade, Paris 1977-1993, t. 9, 873.

13 Ibídem, 347.

14 Xavier Martin, Nature humaine et révolution française, 39.

que "el ciudadano pasivo, estandarizado, mecánicamente dócil, es el más apropiado para satisfacer los imperativos de un 'programa' tan bien intencionado en su imprecisión, "porque el cristianismo –decía– enerva la fuerza del resorte político y complica los movimientos de la máquina"[15]. Y no conviene que nadie piense y menos un católico porque "el estado de reflexión es un estado contra-natura y el hombre que medita, un animal depravado"[16]. La libertad, la verdadera libertad, como dirá Rousseau, estará en obedecer al que suplanta al rey y no en seguir la monarquía: "eso es ser verdaderamente libre"[17].

Todo era permitido para quien estuviera con la Revolución y en contra del Rey y la Iglesia, como decía Voltaire, incluso mentir:

> *"Hay que criticar a los autores que no piensan como nosotros –escribía sin empacho–, hay que envenenar hábilmente su conducta (…), hay que presentar sus acciones bajo una luz odiosa (…). Si los hechos nos faltan, hay que exponerlos, fingiendo callar una parte de sus faltas. Todo está permitido contra ellos (…). Mostrémoslos ante el gobierno como enemigos de la religión y de la autoridad; impulsemos a los magistrados a castigarlos. Golpeen y escondan la mano –les decía a sus adictos (…). A la menor crítica, a la menor respuesta, aun la más moderada y cortés, hay que gritar 'calumnia, injuria, sátira atroz', tratando a los adversarios de bribones, fugitivos de la cárcel, hipócritas, locos"*[18].

La hipocresía no tenía límites. Una verdadera libertad habría exigido la abolición de todo tipo de "totalitarismo", incluido el de la esclavitud. Pues bien, no hubo nada de esto. Recién cinco años después, cuando la Francia revolucionaria había perdido el control de sus tierras en ultramar, comenzó a promover la "libertad" para los esclavos; es decir, cuando no tenía más la posibilidad de conseguir nuevos esclavos, decretaba la libertad… Sin embargo, "el innoble

15 Ibídem, 65.

16 Ibídem, 54.

17 Cfr. Jean-Jacques Chevallier, Los grandes textos políticos, Aguilar, Madrid 1954, 135.

18 Citado por Alfredo Sáenz, La nave y las tempestades. La Revolución Francesa (La revolución cultural), 291-292.

tráfico fue discretamente retomado desde el Directorio y, para acabar, esta detestable institución fue oficialmente restablecida en 1802, sin oposición, por una clase política poblada de ex-revolucionarios”[19].

2. La Igualdad



Recordemos que Rousseau era uno de los pensadores de esta Revolución. Aunque contribuía pensamientos que hacían tanto mal, y hacía cosas como desde joven pasear desnudo por las calles…. tenía momentos de lucidez y hacía preguntas inteligentes:

“¿Cómo una multitud ciega que a menudo no sabe lo que quiere, puesto que raramente sabe lo que es bueno, llevaría a cabo una empresa tan grande, tan difícil como un sistema de legislación?”[20] –decía planteando que algunos son más iguales que otros.

La respuesta que él mismo se daba era aun más inteligente: hay que manejar a la población, “es necesario hacerle ver los objetivos… algunas veces tales como deben parecerles”, y de paso hay que transformar nada menos que la naturaleza del hombre, pues “percibía una

19 Xavier Martin, “Libertad, Igualdad, Fraternidad”, op. cit., 89-90.

20 Jean-Jacques Rousseau, Contrato Social, L. II, cap. 6. Las citas al respecto son interminables.

secreta oposición entre la constitución del hombre y la de nuestras sociedades”[21]

....en resumen, hay que socializar al hombre y adaptarlo al nuevo régimen. En la misma línea hay que engañarlo fabricándole “la ilusión de la libertad”. A esto expone el P. Alfredo Sáenz "Cuando es distinto molesta a los “igualados”. Esto es otro nombre para la masificación: lo que iguala es la inserción en la masa. La pretensión de igualar a los que son desiguales constituye una injusticia.

“*Libertad, igualdad y Fraternidad*”, es contradictoria: donde hay libertad no puede haber total igualdad. Explica también en su libro Emilio:

> *“No hay dominio tan perfecto como el que conserva la apariencia de la libertad; uno cautiva así la libertad misma... Sin duda (en este caso hablaba de los alumnos del colegio) no debe hacer lo que quiere; pero no debe querer sino lo que tú quieres que haga”.*

Como señala Martin:

> *“1789 derriba una sociedad fundamentalmente desigualitaria, y ampliamente fundada sobre privilegios de nacimiento. Pero al parecer dicha operación no se realiza a favor de los pobres, sino en provecho de la burguesía, que hasta entonces se siente humillada por encontrase mezclada al campesinado en lo bajo de la escala social, en el orden llamado “del Tercer Estado”.*

La desigualdad nueva será, pues, la de la fortuna (y aun así, en cierta manera, la del nacimiento), desigualdad que la revolución consagra y consolida. La consagra por un modo electoral severamente censatario, que reservará a los más ricos el derecho de voto y elegibilidad, y ello casi continuamente desde 1791 a 1848. En la constitución de 1791, para alrededor de 6.500.000 hombres en edad de votar (25 años), la designación de los diputados, en último análisis, se reserva a unos 50.000 de entre ellos, elegidos entre los más

21 Jean-Jacques Rousseau, op. cit. cap. 6.

ricos, y en razón misma de dicha opulencia (es decir, menos del 1% eran iguales)”[22].

Había que tolerar todo menos a los “distintos”. “Hay pues una profesión de fe puramente civil, cuyos artículos quieren fijar al soberano, no precisamente como dogmas de religión, sino como sentimientos de sociabilidad, para lograr súbditos fieles.

Sin poder obligar a nadie a creerlos, puede desterrar del Estado a cualquiera que no los crea. Puede desterrarlo, no como impío, sino como insociable, como incapaz de amar sinceramente las leyes, la justicia, y de inmolar su vida, si es necesario, a su deber. Si alguien, después de haber reconocido públicamente estos mismos dogmas, se conduce como no creyéndolos, sea castigado de muerte: ha cometido el mayor de los crímenes.

La igualdad, como expresó en 1797 el diario del progreso (Décade Philosophique) se regocijaba en que la República "había mejorado físicamente" a la raza francesa, y que hasta las mujeres de Francia “tenían formas más bellas y rasgos más hermosos que antes”[23] (pobres, entonces, de las fuera de forma...).



Sobre el antifeminismo revolucionario habría muchísimo que decir, pero solo recordemos que la idea de la inferioridad biológica e intelectual de la mujer estará al borde de ser un dogma científico durante los últimos años de la Revolución[24].

Pese al gusto de Voltaire, para quien “el hombre vulgar no merece que se piense en ilustrarlo (pues) la multitud de las bestias brutas llamadas hombres, comparadas con el pequeño número de

22 Xavier Martin, “Libertad, Igualdad, Fraternidad”, en Gladius 44 (1999), 90.

23 A quien le interese el tema, el autor al que estamos siguiendo le ha dedicado un libro: Xavier Martin, L’homme des droits de l’homme et sa compagne, Dominique Martin Morin, Paris 2007, pp. 279.

24 A quien le interese el tema, el autor al que estamos siguiendo le ha dedicado un libro: Xavier Martin, L’homme des droits de l’homme et sa compagne, Dominique Martin Morin, Paris 2007, pp. 279.

los que piensan, es al menos en la proporción de cien a uno en muchas naciones”[25], había que mejorar la especie. Ya se veía aquí el nacimiento del marxismo y la lucha de clases, razas, sexos y hasta aspectos físicos.

Todavía hoy en día podemos observar el eslogan de la Revolución francesa igualándose con las virtudes y valores, pero son todo lo contrario. La igualdad cristiana “no elimina todas las diferencias entre los hombres, sino que de acuerdo con la variedad de modos de vida, profesiones e inclinaciones, alcanza aquel acuerdo admirable y, por así decir, armonioso, que conviene por naturaleza a la utilidad y a la dignidad de la vida civil”

De la encíclica de León XIII, Humanum Genus, del 20 de abril de 1884 contra la Masonería, extraemos el siguiente trecho:

> *“En consecuencia, habiendo encontrado no sin razón ocasión oportuna para ello, renovamos lo que ya hemos manifestado en otras ocasiones: que es conveniente propagar y proteger con gran celo la Orden Tercera de San Francisco. (...) Así pues, sea renovada con diarios progresos esta santa asociación, de la cual podemos esperar muchos frutos, y especialmente el insigne fruto de que sean elevados los espíritus hacia la libertad, fraternidad e igualdad de derechos, no como absurdamente las imaginan los masones, sino tal como las dispuso Jesucristo para el género humano y las siguió San Francisco. Nos referimos aquí a la libertad de los hijos de Dios, por la cual no servimos ni a Satanás, ni a las pasiones, perversísimos señores; a la fraternidad cuyo origen reside en Dios Creador y Padre común de todos; a la igualdad que, erigida sobre los fundamentos de la justicia y de la caridad, no elimina todas las diferencias entre los hombres, sino que de acuerdo con la variedad de modos de vida, profesiones e inclinaciones, alcanza aquel acuerdo admirable y, por así decir, armonioso, que conviene por naturaleza a la utilidad y a la dignidad de la vida civil.”*[26]

“Igualdad”, “igualdad”, ¡qué hermoso tesoro!”

25 Voltaire, Dictionnaire philosophique, Paris 1764, artículo «Homme ».

26 ASS XVI [1906] 430-431.



3. La Fraternidad.

Un rasgo característico e innegable de la esta Francia revolucionaria fue el auge de la masonería. Si tal concepto de "fraternidad" fue practicada, no a la fraternidad cristiana sino una de un gobierno de logias, que por cierto manejaron a discreción las asambleas "populares" de la Revolución y de todas las revoluciones. Por lo tanto, nada de Fraternidad, fuera de las logias.

"Somos todos hermanos, somos todos iguales"

La fraternidad predicada por ellos no correspondía a Dios como a Padre único de todos los hermanos, llamaban hermanos a todos los hombres para quitar la eliminar la idea de sujeción de unos a otros; proclamaban la libertad de hacer el mal, de llamar luz a las tinieblas, de confundir la mentira con la verdad, de sacrificar al error y al vicio los derechos y las razones de la justicia y de la verdad.

Al respecto nos decía Pío XII:

"Los hermanos no nacen ni permanecen todos iguales: unos son fuertes, otros débiles; unos inteligentes, otros incapaces; tal vez algunos será anormal, y también puede ser que se torne indigno. Es pues inevitable una cierta desigualdad material, intelectual, moral en una misma familia (…). Pretender la igualdad absoluta de todos sería lo mismo que pretender dar idénticas funciones a miembros diversos del mismo organismo". (Disc. 4/06/1953, a un grupo de fieles).

Igualmente el gran papa León XIII decía al respecto:

"Una vez más Nos lo declaramos: el remedio para esos males no será jamás la igualdad subversiva de los órdenes sociales sino esta fraternidad que, sin perjudicar en nada la dignidad de la posición social, une los corazones de todos con los mismos lazos del amor cristiano". [27]

"No hay verdadera fraternidad fuera de la caridad cristiana, que por amor a Dios y a su Hijo Jesucristo, nuestro Salvador, abraza a todos los hombres, para ayudarlos a todos y para llevarlos a todos a la misma fe y a la misma felicidad del cielo. Al separar la fraternidad de la caridad cristiana así entendida, la democracia, lejos de ser un progreso, constituiría un retroceso desastroso para la civilización. Porque, si se quiere llegar, y Nos lo deseamos con toda nuestra alma, a la mayor suma de bienestar posible para la sociedad y para cada uno de sus miembros por medio de la fraternidad, o como también se dice, por medio de la solidaridad universal, es necesaria la unión de los corazones en el amor de Dios y de su Hijo Jesucristo. Esta unión no es realizable más que por medio de la caridad católica, la cual es, por consiguiente, la única que puede conducir a los pueblos en la marcha del progreso hacia el ideal de la civilización".[28]

27 Aloc. 24 de enero de 1903, al Patriciado y a la Nobleza Romana.

28 San Pío X, carta encíclica "Notre Charge Apostolique".



La Masonería

La masonería es una organización de personas que buscan dinero y poder, por medio de violencia y magia, lo cual proyectan con la bandera de “realizar actos de bien a la humanidad, como el progreso, la sabiduría, y la caridad.”

La idea principal de la Masonería es la auto superación por medio de aplastar al prójimo, creyendo que el hombre es capaz de salvarse a sí mismo sin Dios a través del conocimiento elitista y de la evolución de los iniciados, negando la de Cristo.

Para esto, busca principalmente crecer las riquezas materiales de los miembros por medio de Revoluciones y asesinatos, y limitando el progreso de los demás, para poder crecer ellos. Buscan también la destrucción de la Religión para limitar el pensamiento y entendimiento del hombre de la Verdad.

Para sustituir el pleno Gozo que nos brinda Dios, La masonería genera en sus miembros la auto satisfacción por medio de juegos intelectuales de alto vuelo. Sus miembros se gozan en sus propias elucubraciones intelectuales y buscan ser admirados por su cono-



cimiento y sabiduría.

Una parte muy importante de los Masones es hacer rituales esotéricos, y conjuros de brujería.

Todas las personas que pertenecen a estos grupos van teniendo diversos grados según vayan progresando adentro de su agrupación, es decir, como los grados de estudios cuando cursamos la escuela; ellos tienen 33 grados. Sus rituales de iniciación para pertenecer a la masonería son esotéricos: usan espadas, fuego, calaveras, ataúdes y símbolos extraños; capas, capuchas para taparse la cara, etc.

Tienen el lema de invitar a cualquier persona que quiera compartir con ellos la sabiduría y el progreso en beneficio de la humanidad, pero esto es un engaño, en realidad son anticristianos; en sus rituales de iniciación realizan actos donde deben renegar del Dios cristiano y de Jesucristo; al dios que adoran ellos le llaman el "Gran arquitecto del Universo" (GADU); los de grados inferiores no conocen lo que hacen los de grados superiores y el grado mayor que es el 33 es el símbolo de burla para la edad de Cristo que fue crucificado a los 33 años.

La masonería es "la mona de Dios" porque así como los changuitos hacen cosas graciosas y nos arremedan, así ellos hacen cosas para arremedar a Dios y al cristianismo. Tienen libros donde describen todos sus actos de iniciación y le llaman "liturgia", así como la Iglesia Católica tiene su liturgia. A la religión ellos le llaman "superstición" y cuando una persona entra a la masonería le dicen que debe dejar atrás "Toda superstición" es decir, que debe dejar sus creencias católicas.

El grado mayor, el 33 es abiertamente satánico. La masonería es una mezcla de prácticas paganas judías como la kabbalah, usan nombres bíblicos, como Salomón entre otros nombres sacados de

la Biblia; muchos masones están en puestos políticos y han sido los que han provocado las guerras, asesinatos, y han ocasionado que los reinos sobre todo los católicos sean derrocados. La masonería convierte a los países monárquicos en repúblicas y son ellos los que han prohibido la pena de muerte, para que a ellos no los castiguen por sus delitos.

Buscan ser poseedores de la "luz" o sea la "sabiduría" pero llegar a ésta sin Dios; aunque al mundo lo han querido engañar diciendo que son inofensivos, es mentira; por eso la Iglesia prohíbe bajo excomunión que las personas se conviertan en masones; los de altos grados hacen rituales paganos satánicos.

*Gracias a Angie Compeán por redactar este resumen.



Napoleón

Nace en Ajaccio, capital de Córcega (1769) y muere exilado en la isla de Elba (1821). Desde muy niño vivió en Francia, formándose como militar. Ya general, después de notables victorias, fue elegido Primer Cónsul de la república de Francia. En 1804 se auto-coronó en París como emperador de los franceses. Según las ideas de la reciente Revolución Francesa, reformó internamente el antiguo Reino, y



consiguió con su potentísimo ejército controlar gran parte del centro y del occidente de Europa.

En 1808, tras la abdicación de Carlos IV en su hijo Fernando VII, Napoleón convocó a la familia real española en Bayona. Fernando VII, bajo la presión del emperador, devolvió la Corona a Carlos IV y éste se la entregó a Napoleón que designó nuevo rey de España a su hermano José I que con el pretexto de la invasión de Portugal, había ocupado algunos puntos clave de la geografía española.

José Bonaparte, hermano de Napoleón que fue puesto como emperador de España por su hermano.

No tardaron el llegar las sublevaciones que las fuerzas imperiales francesas se vieron obligadas a sofocar y, por ello, a enfrentarse al Ejército regular español, que obedeció las órdenes de las Juntas provinciales.

Batallas:

"Bailén, La batalla que cambió la historia".

La Batalla de Bailén transcurrió durante la Guerra de la Independencia Española y fue la primera derrota en batalla campal de la historia del ejército de Napoleón. Tuvo lugar el 19 de julio de 1808. Enfrentó a un ejército francés de unos 21.000 soldados al mando del general Dupont con otro español más numeroso a las órdenes del general Castaños.

La derrota del general Dupont forzó al rey José I Bonaparte a abandonar Madrid, además de poner en duda la invencibilidad de los franceses. En el otoño de 1808 entra en España la "Grande Armée", encabezada por Napoleón Bonaparte.

La retirada con destino a la campaña de Rusia fue aprovechada por los aliados y se consiguieron sucesivas victorias:

Batalla de los Arapiles

Batalla de Vitoria

La batalla de Vitoria fue librada el 21 de junio de 1813 de entre las tropas francesas que escoltaban a José Bonaparte en su huida y un conglomerado de tropas británicas, portuguesas y españolas al mando de Arthur Wellesley, el futuro duque de Wellington.

El 5 de noviembre de 1808 el emperador francés Napoleón Bonaparte llegó a Vitoria enfurecido por la derrota en Bailén, que había precipitado la retirada de sus tropas desde Madrid hasta la capital alavesa. Molesto por la actitud de su hermano, el francés rechazó el alojamiento preparado por el rey José Bonaparte en Montehermoso y se alojó en Echezarra, "una recia casona ubicada a las afueras de la ciudad y perteneciente a un acaudalado banquero de la época -el señor Fernández de la Cuesta- que le recibió con todos los honores".

La estancia en Echezarra sirvió para que el emperador francés elaborara junto a su Estado Mayor la estrategia bélica con la que cosecharía las continuas derrotas españolas, así como la expulsión de las tropas británicas por La Coruña. El experto Emilio Larreina explica que «Napoleón apenas durmió durante cuatro días en Echezarra y logró culminar la estrategia planeada en Vitoria con la toma de Madrid al mes siguiente. En 20 días volvió a poner a su hermano en el trono», aunque solo temporalmente. La batalla librada en Vitoria el 21 de junio de 1813 supuso el comienzo del fin del imperio napoleónico.



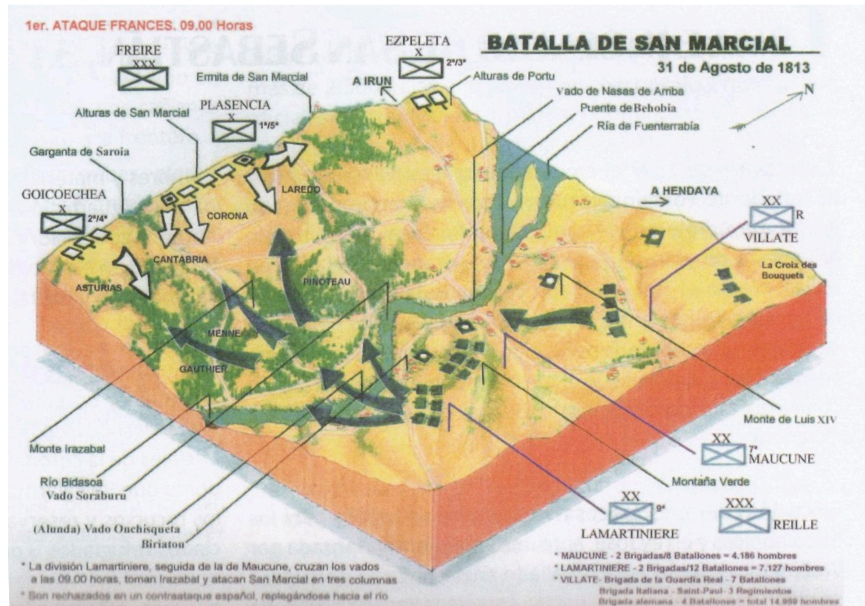
Tropas francesas cruzando el Bidasoa

Tras la batalla de Vitoria, las tropas de Wellington avanzaron hacia la frontera, entrando Wellington en Irún. En principio, los franceses habían sido ya prácticamente derrotados, pero aun mantenían varias plazas, como las de San Sebastián y Pamplona, y Wellington se preparó para tomar San Sebastián.



En la madrugada del 31 de agosto, los franceses avanzaron hasta la cumbre de San Marcial, pero el terreno accidentado y boscoso, donde los estrechos senderos solo permiten el paso en fila india de la tropa, no es el más adecuado para el estilo de ataque en formación ordenada y compacta que los franceses acostumbraban a usar, de modo que se genera un caos entre las líneas que los defensores aprovechan para hacerles frente a bayoneta calada.

El General Freyre, al mando del Cuarto Ejército español pide ayuda a Wellington y sus tropas inglesas, pero este se niega. Cuando la situación parecía ser crítica para los españoles, llegaron tres batallones de Voluntarios españoles de Gipuzkoa que arrojan a los franceses monte abajo, hasta el río Bidasoa. El oficial vasco Tomás de Zumalacarregui. fue condecorado por su ayuda y valentía.



Batalla de Waterloo:



Después de la desastrosa campaña contra Rusia, abdica como emperador y se exila en la isla de Elba (1814). Escapa de ella a Francia y recupera el poder durante unos meses (1815). Pero es definitivamente vencido en Waterloo, lugar de la actual Bélgica (18-VI-1815), por una gran coalición de seis naciones –Reino Unido, Rusia, Prusia, Suecia, Austria, con algunos estados germánicos–. En la Batalla de Waterloo lucharon el ejército francés comandado por el emperador Napoleón Bonaparte frente a las tropas aliadas formadas por británicos, holandeses y alemanes dirigidas por el duque de Wellington y el ejército prusiano del Mariscal Gebhard Leberecht von Blücher. Otro de los hombres que participaría junto a Wellington fue el General Ávala.

En Waterloo, Wellington tenía la granja fortificada de Hougou-

mont y otras más. Napoleón, sin estar seguro de la situación del ejército prusiano desde hacía dos días, estaba convencido de la necesidad de empezar el asalto a las posiciones de Wellington con la temida artillería de campo francesa.

Sin embargo, el suelo estaba empapado por la tormenta de la noche anterior, no soportó el peso de las armas, y junto con el lodo, fueron serios contratiempos para la infantería y la caballería mientras que las armas de fuego no conseguían el deseado impacto minimizado por el terreno enlodado y blando que absorbía el impacto de las dañinas balas de cañón.



Al ver el campo de batalla plagado de cadáveres Wellington pronunció las siguientes palabras: "Al margen de una batalla perdida, no hay nada más deprimente que una batalla ganada".

Tras la victoria en Waterloo las tropas aliadas se adentraron en Francia en busca de Napoleón. El 1 de julio, ocupan Versalles, el 8 de julio se restaura la corona de Luis XVIII y dos días más tarde, el 10 de julio, Napoleón se rinde y es exiliado a la isla de Santa Elena, donde falleció en 1821.

El tratado de Valençay

El 11 de Diciembre, El tratado de Vaelncay dio fin legal a la Guerra. La victoria aliada sancionó la retirada definitiva de las tropas

francesas de España (con la excepción de Cataluña) y forzó a Napoleón a devolver la corona del país a Fernando VII por el tratado de Valencay de 1813.

Desterrado a la isla de Santa Elena, enclave pobre y lejanísimo de soberanía británica, vive sus últimos seis años en condiciones más bien precarias. Muere (5-V-1821), según parece, de cáncer de estómago, a los 51 años de edad (+Émil Ludwig, Napoleón, Juventud, Barcelona 1957, 18 ed.).



Napoleón habla de Jesucristo

"Este es un texto resumido de un folleto de 16 páginas, «Napoleón habla de Jesucristo», elaborado por el rector del Seminario de Pamplona para sus seminaristas Si alguno se interesa por el texto completo, puede pedirlo a seminario@iglesianavarra.org."

Un naturalista incrédulo e ilustrado

Las vidas escritas sobre Napoleón, que fueron y son muchas, han dado normalmente de él la fisonomía de un hombre que en lo religioso era un ilustrado, más bien escéptico, que no iba más allá del deísmo filosófico.

«De niño, se negaba a ir a misa y nunca aceptó para sí mismo ninguna religión revelada. El hombre que, en su propia vida, no admitía la intervención del milagro y atribuía todo resultado feliz a causas puramente humanas, fuera razón, espíritu de organización, audacia, conocimiento de los hombres o imaginación, no podía, lógicamente, aceptar los milagros de la

Biblia [...]. La idea del juicio final le es más extraña aún. [...] Cinco años antes de su muerte, dice que espera morir sin confesar».

«Se expresaba como un perfecto naturalista, un materialista [... El hombre] no es sino un ser más perfecto que los seres o los árboles y que vive mejor... Pero lo mismo unos que otros no somos más que materia... La planta es el primer eslabón de una cadena en la que el hombre es el último».

«¿Qué es la electricidad, el galvanismo, el magnetismo? He aquí donde reside el gran secreto de la Naturaleza. El galvanismo trabaja en silencio. Yo creo que el hombre es el producto de esos fluidos y de la atmósfera, que el cerebro aspira esos fluidos y da la vida, que el alma está compuesta por esos fluidos y que, después de la muerte, regresan al éter, de donde son aspirados por otros cerebros... Lo repito, creo que el hombre nació de la atmósfera calentada por el sol y que al cabo de cierto tiempo esta facultad dejó de producirse».

Este naturalismo, sin embargo, fue haciéndose en él compatible con un cierto deísmo de resonancias estoicas: «Todos los hombres creen en un Dios, porque todo en la Naturaleza atestigua ante sus ojos su existencia. (...) Jamás he du-



dado de Dios, pues aunque mi razón sea incapaz de comprenderlo, mi intuición me convence de su existencia» (Ludwig 445-447)

Político pragmático en lo religioso

Napoleón «usaba» como político de la religión solamente como de un elemento valioso al servicio de la paz y del recto orden de los pueblos:

> *«Mi política es gobernar a los hombres como la mayor parte quiere serlo. Ahí está, creo, la manera de reconocer la soberanía del pueblo. Ha sido haciéndome católico como he ganado la guerra de la Vendée, haciéndome musulmán como me he asentado en Egipto, haciéndome ultramontano como he ganado los espíritus en Italia. Si gobernara un pueblo judío, restablecería el templo de Salomón» (Javier Paredes, Pío VII, Diccionario de los Papas y Concilios, Ariel, Barcelona 1998, 407).*

Él, personalmente, «no ruega al Dios de los Ejércitos en la víspera de las batallas, pero sí impone una presencia religiosa en los actos públicos como garantía suplementaria de orden y sumisión» (Frédéric Masson, Napoléon était-il croyant?, Jadis, París 1910, II).

En el retiro forzado de Santa Elena

Acompañaron a Napoleón en su exilio unas cuarenta personas, entre familiares, oficiales, criados, que en aquellos seis años fue reduciéndose a la mitad.número fue disminuyendo con el tiempo. Tres criados se mantuvieron fielmente: el ayuda de cámara Marchand y dos corsos, Cipriani y Santini. También el conde de Montholon y el general Bertrand lo acompañaron hasta el final.

A pesar de que el culto católico estaba prohibido en todo el imperio británico, el papa Pío VII consiguió de las autoridades británicas que un sacerdote católico asistiera a aquel exilado que, por cierto, cuando era Emperador, desterró de Roma en 1799 al papa Pío VI (Florencia, Parma, Turín, Briançon, y Valence sucesivamente, donde murió). Los sacerdotes corsos Antonio Buonavita y Angelo Paulo Vignali, fueron capellanes de Bonaparte a petición expresa suya (Ludwig 457).

Al parecer, viendo Napoleón morir a Cipriani sin asistencia religiosa católica, ya que solo había un ministro anglicano en la isla, tomó conciencia de que su fallecimiento podría ocurrir en circunstancias semejantes. Y 1818 solicitó a su tío el cardenal Fesch un capellán para Santa Elena. Como ya hemos señalado, fueron enviados con él los sacerdotes Buonavita y Vignali.

Conversión al cristianismo

La gracia de Dios llegó al corazón de Napoleón sirviéndose de muchos factores providenciales: el exilio, la soledad, el sufrimiento, el brusco paso de la gloria a la miseria, las lecturas, las conversaciones con los capellanes y con los oficiales que aún le acompañaban, también con el escéptico general Bertrand, que le reprochaba su «debilidad» religiosa. En realidad, a pesar de su adhesión a la filosofía de la Ilustración, nunca rechazó totalmente la fe cristiana de su bautismo. Exilado en Santa Elena, dijo en una ocasión:

> *«Sin duda estoy lejos de ser ateo, pero no puedo creer en todo lo que se me enseñe en detrimento de mi razón, so pena de ser un falso y un hipócrita. En tiempos del Imperio [el suyo] y, sobre todo, después de mi boda con María Luisa [de Austria], se me quiso llevar, a la usanza de nuestros reyes, a Notre Dame a comulgar con toda solemnidad. Siempre me opuse totalmente. No creía tanto en ello como para que me pudiera resultar beneficioso, y creía demasiado aún como para exponerme fríamente a un sacrilegio»*
>
> *(Conde de Las Cases, Mémorial de Sainte-Hélèna, Bourdin, París 1842, I, 668).*

En una ocación, Napoleón afirmó que si su ejército estuviera formado por cristianos como los Vendeeanos quienes lucharon por su fe, hubiese conquistado el mundo.

Un escritor converso, Robert-Antoine de Beauterne (1803-1846), ateniéndose a los testimonios de quienes habían permanecido con Napoleón hasta su muerte, publicó en Francia la obra Sentiment de Napoléon sur le christianisme (1840). El texto tuvo un gran éxito, y ya en 1912 se hizo de ella la decimosegunda edición. Ha vuelto a estar de actualidad al editarse recientemente en Francia, y también en Italia, con un prólogo del cardenal Giacomo Biffi. Sin embargo, esta faceta de Napoleón –la más importante de su vida, por supues-

to– tiende a ser ignorada, o si se quiere, ocultada, por los medios de comunicación. El propio general Bertrand, en Santa Elena, en sus amistosas discusiones con Napoleón, le aconsejaba resistir a la «tentación» de la fe en Cristo, o al menos a ocultarla. Pero el ex-Emperador rechazaba sus argumentos con firmeza.

«Usted, general Bertrand, habla de Confucio, Zoroastro, Júpiter y Mahoma. Y sin embargo, la diferencia entre ellos y Cristo es que todo lo que tiene que ver con Cristo muestra la naturaleza divina, mientras que todo lo que tiene que ver con todos los demás muestra la naturaleza terrena.

«Conozco a los hombres, y puedo decirles que Jesucristo no es meramente un hombre. Las mentes superficiales ven un parecido entre Cristo y los fundadores de imperios o los dioses de algunas religiones. Éste no es el caso puesto que tal parecido no existe. Entre el cristianismo y cualquier otra filosofía existe una distancia infinita.

«Todo lo referente a Cristo me asombra, su espíritu me anonada, su voluntad me confunde; entre El y cualquier otro personaje de la historia del mundo no hay un solo término posible de comparación. Ciertamente Alejandro, César, Carlomagno y yo hemos fundado imperios pero… ¿sobre qué descansan las creaciones de nuestro genio?… Sobre la fuerza. Sin embargo Jesucristo fundó su imperio sobre el Amor y estoy seguro de que aun en esta misma hora millones de personas (de todas clases sociales y edades; voluntaria y gustosamente) darían su vida hasta la muerte por El en el día de hoy.



«Solamente Cristo ha llegado a tener tal éxito.., ante las barreras del tiempo y del espacio, a través del intervalo abismal de mil ochocientos años. Jesucristo solicita lo que la filosofía puede a menudo buscar en vano: el corazón del hombre; e incondicionalmente su demanda es satisfecha sin tardanza. Todo aquel que cree sinceramente en El experimenta ese Amor sobrenatural hacia El. Éste fenómeno es indescriptible, pues está más allá de la comprensión del hombre. El tiempo, que es el gran destructor, no puede (no ha podido, ni podrá) agotar su fuerza ni tampoco poner un límite a su alcance.

«La naturaleza de la existencia de Cristo es misteriosa, debo admitirlo, pero este misterio satisface las necesidades más íntimas del hombre. Por lo tanto, si se le rechaza, el mundo es un enigma inexplicable; pero si se le cree, la historia de la raza humana en el mundo es explicada satisfactoriamente.

«El ciertamente es un ser único, sus ideas y sentimientos, la verdad que anuncia y su manera de convencer no pueden ser explicadas por alguna organización humana, ni por la naturaleza de las cosas. Su mensaje es la revelación de una inteligencia que ciertamente no es la de un hombre mortal, y en ninguna otra parte puede uno hallar (excepto en El) tal ejemplo de vida. Escudriño en vano en la historia para hallar alguien parecido a Jesucristo o algo que se pueda aproximar al Evangelio, pero ni la historia, ni la humanidad, ni las edades, ni la naturaleza me ofrecen algo con lo cual yo pueda compararlo o explicarlo. ¡Aquí todo es extraordinario!» (Beauterne, La muerte de un impíos, 164-166).

Y también veía en la Iglesia una realidad que participaba de esa misteriosa condición de su Fundador: «Los pueblos pasan, los tronos se derrumban, pero la Iglesia permanece. Entonces, ¿cuál es la fuerza que mantiene en pie esta Iglesia asaltada por el océano furioso de la cólera y del desprecio del mundo?»

Muerte cristiana del emperador

Aproximándose su muerte, Napoleón pidió y recibió los sacramentos de manos del sacerdote Vignali –Buonavita había regresado a Córcega–, y a él le pidió celebrar la misa en los días de su ago-

nía, así como las exequias y sufragios para después de su muerte. El conde de Montholon, que permaneción con él hasta el final, dió el siguiente testimonio:

> *«Sí, el emperador era cristiano. La fe era para él un principio natural y fundamental (...) Yo lo he visto, sí, yo he presenciado todo eso, y yo, militar, que, lo confieso, había descuidado mi religión y no la practicaba, me admiraba al principio (...) He visto al emperador religioso, y me he dicho a mí mismo: ha muerto en la religión, en el santo temor de Dios. No se me oculta que me vuelvo viejo, que la muerte me alcanzará también y quisiera morir como murió el emperador» (Beauterne 56-57).*

El sepulcro de Les Invalides

Napoleón fue enterrado (1821) en Santa Elena. En 1840 el rey Luis Felipe ordenó trasladar sus restos a la Capilla Real de Los Inválidos, en París, donde años más tarde (1861) se le construyó un gran monumento. El sarcófago, al centro de una especie de capilla circular, está situado sobre un pedestal de granito verde, es de pórfido rojo, y está rodeado por una gran corona de laurel. Diez bajorrelieves evocan las principales gestas del difunto. En el conjunto del lugar no hay signo cristiano alguno. Se oculta que Napoleón Bonaparte murió en el seno de la Santa Iglesia Católica. Dios, que lo venció con la misericordia de su gracia, lo tenga en su gloria.

José María Iraburu, sacerdote